

GENERAL

DON TOMÁS GUIDO

1835

El Brigadier General

Don Tomás Guido

Publicación hecha en su centenario
por la "Tribuna Nacional" de Buenos Aires

LA PLATA

TALLER DE IMPRESIONES OFICIALES

1906

El Brigadier
General Don Tomás Guido

Stat magni nominis umbra.

LUCANO.

Para escribir la biografía completa del Brigadier General don Tomás Guido, sería necesario hacer un libro: tan mezclada estuvo su vida política y militar á los más notables acontecimientos de la América del Sud, y especialmente de su patria, desde principios del siglo hasta sus últimos días. Consignamos sólo simples apuntaciones. Ellas servirán acaso un día, con los documentos agregados, á alguna pluma elocuente, que nos dé estampada, en rasgos perdurables, la figura de tan ilustre ciudadano.

Tomás Francisco Gil Buenaventura del Rosario, hijo legítimo de don Pedro Guido y Sanz, natural de Barcelona, y de doña Juana Aoiz

Martínez y Larrazabal, oriunda de Madrid, nació en Buenos Aires á 1° de Septiembre de 1788, según consta de la partida de bautismo firmada por el Doctor Leonardo Cayetano Fernández de Agüero, que se registra en los libros parroquiales de nuestra señora de Mercedes. Don Pedro poseía bienes de fortuna, habiendo venido de España en una fragata de su propiedad, con rico cargamento, á establecerse en América; y doña Juana, de origen principal, estaba emparentada con las más respetables familias de la capital del virreinato. Idolo de sus padres, fué Tomás educado con el mayor esmero en los principios de una moral estricta. De la primera enseñanza pasó á cursar las aulas de latinidad y filosofía en el Colegio de San Carlos, denotando sus cuadernos, conservados por la familia, escritos en latin, el estudio que hacía de los clásicos, especialmente de los poetas antiguos, sabiéndose de memoria á Virgilio y á Horacio. Era tanta la perspicuidad de su talento, que el más conocido maestro de aquella época, don Marcos Alcedo, sugeto de adusta condición, no obstante las asperezas de su disciplina escolástica, solía llamarle «mi gloria y mi corona».

Convenido estaba ya el que su tío don José Cáceres, Comandante General de Ingenieros, empeñado en ello, le llevase á terminar su educación literaria y científica al Colegio de Nobles de Madrid, cuando á mediados de 1806 sobre-

vino la invasión de un ejército inglés. Al primer amago, el jóven Guido se alistó en uno de los tercios urbanos, sirviendo como soldado distinguido en el batallón de «Miñones» comandado por don Jaime Llavallol, concurriendo entonces y en 1807 á «la heróica defensa de Buenos Aires», atacado por las tropas al mando del General Whitelok. El temple de los criollos heredado de la buena sangre española, daba ya la medida de lo que podía esperarse de los esfuerzos por su emancipación.

El cañón inglés, como el eco de la libertad de un gran pueblo, vino á despertar á la colonia de la somnolencia secular en que yacía aletargada. Corrientes eléctricas agitaron la atmósfera. Las ideas de los filósofos franceses del siglo XVIII penetraron con sus alas de luz á través de las sombras en que nos envolvió la conquista. Los libros en cuyas páginas vivaces fermentaban aquéllas, pasábanse clandestinamente de mano en mano. Voltaire, Diderot, Volney, Raynal, D'Alembert, Montesquieu, De Prat, eran los agentes secretos de una civilización deslumbradora. Pero sobre todo Rousseau, ese genio excéntrico y sublime á quien todas las debilidades han sido perdonadas en fuerza de la magia de su seductora elocuencia, ejercían en la juventud inteligente una fascinación irresistible. Nunca se ha comprobado mejor el poder avasallador del pensamiento. El *Contrato Social*

llegó á tener la misteriosa virtud de un evangelio. Hasta entonces la antigüedad estudiada en las escuelas, parece que hubiese sido considerada como una fantasmagoría apenas digna de la admiración de los retóricos. Ni la lectura de Tácito, de Cicerón, de Juvenal, habían hecho sentir el peso de las cadenas que soportaba la más bella porción del Nuevo Mundo. Fué menester treparse descalzo un hijo del pueblo á la montaña, para encender allí la hoguera que, consumiendo los despojos de su propia existencia, debía esparcir su vivo resplandor al universo.

No exageremos, sin embargo; fuera de las influencias literarias que hemos señalado y que sólo se ejercían en las esferas superiores, existían otras más recónditas obrando sobre las multitudes, ignorantes, cuyo secreto es un enigma de la historia, el cual sólo el amor á la libertad podría descifrar. En efecto, desde Méjico al Plata, sin propaganda conocida, sin precursores inspirados, veníanse elaborando los elementos de la conflagración general; conjuración sublime de los pueblos para quienes había llegado en el reloj de los tiempos la hora de la redención que les marcara su destino. Arriba, la corona fúlgida del genio; abajo, el fuego de los volcanes preparándose en combinaciones secretas al tremendo estallido.

Mientras tanto, para los más era forzoso trillar el camino de la rutina, llevando de buen talante,

en la apariencia al menos, la carga de la opresión cada vez más pesada. Tomás Guido entró á ocupar el puesto de Oficial (1806—1809) en una de las oficinas de más categoría en el distrito de los virreinatos de la América española — el Tribunal Mayor de Cuentas.

★

Pasaron pocos años. Por fin, lució el sol de Mayo, metáfora de que los argentinos nos servimos, buscando en el luminar esplendoroso que anima á la naturaleza, el emblema de nuestra gran revolución.

Cuéntanos el mismo Guido en páginas palpitantes que han visto la luz pública, la participación que tomó en ella rayando apenas los albores de su ardorosa juventud. Presentado por el Doctor don José Darregueyra en la reunión de los patriotas conjurados, asiste á sus deliberaciones secretas, acompaña á los más decididos en la acción, presencia la sublime escena en que Belgrano jura, la noche antes del pronunciamiento de Mayo, puesta la mano sobre el pomo de su espada, que si al día siguiente no hubiese sido derrocado el Virrey, él le derribaría con sus armas; y concurre, por fin, mezclado á las filas del pueblo, al gran acto revolucionario que decidió de nuestra suerte. Consumado aquél, se le emplea luego por la

Junta Provisional Gubernativa de las Provincias Unidas del Río de la Plata, como Oficial en la Secretaría de Gobierno. Refrendan su título, que ha venido á ser un documento precioso por la autenticidad de sus firmas autógrafas: Cornelio de Saavedra, Doctor Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Doctor Manuel Alberti, Miguel Azcuénaga, Domingo Matheu, Juan Larrea y como Secretario, Mariano Moreno. Poco tiempo después, nombrado este último por la Junta para pasar en calidad de su representante á las cortes del Brasil y Londres, como expresa el diploma, se determinó á 2 de Enero de 1811, «que los Oficiales de Secretaría don Manuel Moreno y don Tomás Guido, fuesen á su lado en clase de Secretarios de su comisión».

Mucho se ha comentado este encargo dado á nuestro célebre tribuno, considerándolo algunos como un pretexto para alejarle del foco ardiente en que se agitaba su genio. No es ahora la ocasión de deslindar este punto; pero sí de recordar que á los pocos días de haberse alejado de estas playas, presa de súbita dolencia, sucumbió el Doctor Moreno en brazos de sus dos Secretarios, de quienes era singularmente respetado y amado. Don Manuel, digno hermano del eminente prócer, ha narrado en cláusulas patéticas sus últimos momentos, y el General Guido, fiel al culto de la más noble amistad, no mencionó nunca el suceso sin emoción



BRIGADIER GENERAL

DON TOMÁS GUIDO

1862

profunda. Con esa vida les pareció á ambos que se eclipsaba la más brillante estrella de la patria; y como si no fuera bastante el dolor de la inmensa pérdida sufrida, no dándose á partido el capitán inglés del barco en que viajaban, resistiéndose á los ruegos y á los ofrecimientos más francos para que condujese á alguna costa los restos mortales del extinto amigo, tuvieron que arrojarles á las ondas, menos instables que la fortuna humana.

Llegados los dos jóvenes diplomáticos á Londres, no pierden allí de vista el principal objeto del encargo que fuera confiado á su ministro, y haciéndose intérpretes de la voluntad de su gobierno, procuran prosélitos á la causa de América, sosteniendo con la palabra y con la pluma que era llegada la hora de su emancipación.

Acudían por entonces á la capital del Reino Unido de varios puntos de Europa, algunos de los americanos que más tarde se ilustraron en las guerras de la revolución. Allí se encontraron San Martín, Alvear, Bello, Zapiola, Chilavert, don Juan Larrea y otros. Parecía que un instinto irresistible les congregase en aquel centro, para retemplar su espíritu con el espectáculo de una nación erguida en medio de los mares como un faro radiante de libertad y de esperanza.

Urgido por la escasez de recursos, torna Guido á la patria, quedando Moreno de atalaya avan-

zado á proximidad del gabinete británico. Sus servicios fueron invaluables, mientras Guido entró á prestar los suyos en calidad de Oficial de número en la Secretaría de Estado, por disposición de 1° de Septiembre de 1812. Después del movimiento de 8 de Octubre del mismo año, ocupó algún tiempo el Ministerio de la Guerra, hasta ser reemplazado por el Coronel Tomás Allende, siendo luego nombrado (Junio 1813) Secretario de la Intendencia de la Provincia de Charcas, al lado de su Gobernador el General Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, necesitándose para desempeñar ese puesto, decía el decreto que se lo asignaba, «una persona de probidad, conocimientos y pulso, exigiéndolo así la delicadeza de las presentes circunstancias». Y eran en realidad bien apremiantes. El enemigo avanzaba victorioso por el norte de la República, sin que la resistencia más enérgica pudiera contenerle. Al lado Guido durante catorce meses del valeroso Ocampo, con el doble carácter que investía, militar y político, coadyuvaba á prestar toda clase de auxilios á nuestro ejército, que á consecuencia de las derrotas de Ayouma y Vilcapujio vióse obligado á replegarse á Tucumán. Desde Chuquisaca se pone en activa correspondencia con Belgrano. Este noble argentino, nunca más grande que en los contrastes de la guerra, revela en sus cartas escritas sobre el tambor, la eficacia de la cooperación que se

le presta. Guido forzado á retirarse con el Presidente Ortíz de Ocampo se le reune en Jujuí. Allí recibe orden de pasar á Salta á secundar los esfuerzos del Coronel Dorrego, encargado de preparar elementos bélicos con que auxiliar los restos del ejército en su marcha retrógada. En esto llega San Martín á Tucumán enviado á sustituir á Belgrano en el mando de las tropas derrotadas. Llama inmediatamente á Guido con urgencia. Se avistan en la hacienda de Puch. El General insta á Guido, según consta de sus relaciones orales ó escritas, confirmadas ó consentidas durante su vida por él, como lo demás que ha de decirse, le informase de las causas del contraste que acababa de sufrir la República, y de la disposición en que quedaban las Provincias ocupadas por el enemigo triunfante. San Martín no conocía el terreno: «Me hallo en unos países», escribía en carta datada á 14 de Febrero de 1814, citada por Gutiérrez (Juan María) en su biografía de aquél, «cuyas gentes, costumbres y relaciones me son desconocidas, y cuya topografía ignoro». Se le dieron los datos más exactos, haciéndose justicia al patriotismo y á la constancia varonil de Belgrano. De ellos resultaba que el principal auxiliar del enemigo en el Alto Perú, era la naturaleza de esa región ardiente. Allí nuestras fuerzas se debilitaban por la influencia del clima, mientras las del Rey habituadas ya á su destemplanza, las aven-

tajaban, cuando menos, en la rapidez con que podían ejecutar sus movimientos. Repitamos lo que sobre este punto se ha escrito con autoridad comprobada: detuviéronse desde luego ambos amigos á comparar las probabilidades de buen ó mal éxito en las campañas sobre el Perú ó Chile, casi enteramente avasallado por el ejército español, y coincidiendo San Martín con las observaciones que se le presentaron, cuyo alcance no podía escapar á su finísima penetración, se convenció de la ventaja de atacar al enemigo en Chile, atravesando los Andes en vez de volver á buscarle en el Alto Perú, limitándose entre tanto la guerra á una vigorosa defensiva en las gargantas de Jujuí. Pero el General, estrictamente fiel á sus deberes, ejecutaba la voluntad del gobierno central organizando un nuevo ejército con las reliquias de los que se escaparon de las últimas derrotas y con los contingentes de las demás Provincias, para embestir nuevamente al ejército vencedor en el territorio de que se hallaba enseñoreado. Tal era el objeto de sus afanes cuando acometido de grave enfermedad al pecho, decidió buscar su alivio en la dulce temperatura de Córdoba, á donde se trasladó (1814), volviendo luego el General Belgrano á tomar el mando de las tropas. Guido le acompañó en el viaje, parando en la hacienda de Saldán, á corta distancia de la capital de la Provincia, en cuyo punto quedó solo con él por espacio de dos ó

tres meses, hasta que recobró un tanto la salud, que tuvo siempre quebrantada. Allí, fijando la atención en los acontecimientos favorables ó adversos á la causa de América, y á medida que en Chile se sucedían los reveses en las filas de sus valientes defensores, confirmábanse en la convicción del peligro que amagaba si se dejase al enemigo en tranquila posesión del Estado chileno.

Ejercía entonces el Poder Ejecutivo en las Provincias Unidas don Gervasio A. de Posadas, á quien Guido debía la más amplia confianza, y persuadido de su afectuosa predilección por San Martín, como lo estaba de la temeridad de una nueva tentativa sobre el Alto Perú, en vez de preservar la frontera de Cuyo de una irrupción de las fuerzas realistas vencedoras en Chile, escribió con frecuencia á aquel distinguido patriota, rogándole enviase á Mendoza un jefe experimentado, capaz de poner en defensa la Provincia y acumular recursos con que auxiliar á Chile. San Martín era el señalado para esa importante comisión, y como á más de las insinuaciones en su favor, estuviese muy presente en la memoria del digno magistrado, nombrósele en efecto en 10 de Agosto de 1814 Gobernador Intendente de Cuyo, en donde desplegó con admirable actividad los recursos de su pericia y de su genio eminentemente práctico, sagaz y previsor.

★

Casi en la misma fecha, con diferencia de días, pasó Guido á ejercer la Secretaría del Gobierno de Córdoba, permaneciendo en ese empleo más de medio año. Llamado á Buenos Aires, el Cabildo de aquella ciudad representó al gobierno, elogiándole en términos honrosos, sobre la conveniencia de que se le conservase en su puesto. Pero teníasele reservado en la capital otro en que pudiera lucir mejor sus aptitudes: en Enero de 1815 fué nombrado Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra. Allí se enciende cada vez más su celo por la noble causa á que ha vinculado su existencia. A todos asombra la actividad infatigable, la fertilidad de sus recursos: él es el Ministro en su Departamento y el alma misma del gobierno. ¿Qué detalle de la administración escapa á su inteligencia previsora? Está en la flor de una juventud exuberante. Su carácter, su comunicativo entusiasmo, su amenísimo trato, le hacen el amigo de todos. Es sencillo, es cortés, es patriota. Los mozos lo festejan y los viejos lo quieren. Naturalmente alegre, ama la sociedad, rindiendo culto á la belleza. Pero nada es capaz de distraerle de sus ocupaciones oficiales. ¿Ni cómo podría sustraerse á ellas, cuando los sucesos no se prestan sino á presagios siniestros?

¡La anarquía interior, la amenaza de fuera, la derrota de nuestras armas que reciben un mortal golpe en Sipe-Sipe!.... ¿Y se perderá el fruto de tantos sacrificios? ¿Y volveremos á doblar la cerviz á un yugo ignominioso? Antes la muerte. La República ruge atormentada. Se agita en convulsiones terribles. La devora la fiebre; pero es la fiebre del heroismo. El peligro excita su valor; el valor le pronostica la victoria. Para alcanzarla es menestrer buscar los fuertes campeones capaces de arrebatarle sus laureles. Siéntelo Guido y por eso tiene fija la vista en el jefe que defiende los desfiladeros de los Andes. Ha adivinado en él al vengador de la patria. Visiones de gloria en perspectiva le representan al preclaro amigo tremolando en las cumbres de la montaña excelsa la enseña redentora de los libres. Ese criollo nacido entre los bosques de las Misiones argentinas, está quizá destinado por la Providencia á ser el libertador de medio mundo. Con él se pone en activa comunicación confidencial. Atiende á sus pedidos y pone el oído á sus inspiraciones. Aquel soldado imponente inclínase también á escuchar la palabra del más eficaz de sus amigos: «por Dios, por el demonio le suplico», dícele (24 Septiembre 1816), «me escriba con extensión todo, todo, bajo el supuesto que V. es el termómetro que me dirige». La situación, como queda expresado, era verdaderamente tormentosa. En estas circunstancias, y

cuando estaba ya resuelto dar á las operaciones de la guerra un giro ominoso en la opinión de Guido; recordando sin duda sus conversaciones con San Martín en Saldán, y persuadido de interpretar sus altas miras, pospuestas á combinaciones é intereses adversos, presenta al gobierno su célebre ‹Memoria› de Mayo de 1816: documento histórico que constituye uno de los timbres más honrosos de su carrera pública. Refiriéndose á él, llegada la ocasión de presentar en bosquejo sus antecedentes y el fundamento de las consideraciones que había merecido en el Perú, escribía (Diciembre 1824) lo siguiente á Bolívar:

« Habían corrido seis años que pertenecía á la revolución de las Provincias del Río de la Plata, ocupado siempre en comisiones importantes dentro y fuera del territorio, cuando el Congreso Constituyente de aquel Estado, reunido en Tucumán en el año de 1816, nombró al señor General Pueyrredón Director Supremo de la República. En esa época me hallaba yo encargado provisionalmente del Ministerio de la Guerra y el General Balcarce de la Delegación Suprema.

« La opinión del Director Pueyrredón, excitada por la mayoría del Congreso, y por innumerables emigrados de las Provincias altas del Perú, se decidió por abrir una nueva campaña contra el ejército enemigo que las ocupaba. La Repúbli-

ca de Chile había caido bajo el yugo de los españoles en el año de 1813, y las Provincias del Río de la Plata estaban amenazadas por el flanco del Sud, defendido por el General San Martín con un puñado de hombres en la Provincia de Mendoza. A pesar de la inminencia de este peligro, el Director Pueyrredón ordenó á su Delegado marchasen las tropas y convoyes para Tucumán con el designio de reorganizar fuerzas y emprender contra las del General Pezuela.

«El conocimiento que mi posición me había proporcionado de los recursos militares de aquellas Provincias; las inmensas dificultades que prácticamente había tocado en la campaña del Perú; el riesgo que corría la libertad de la República si un nuevo contraste frustraba nuestras esperanzas, y las ventajas y probabilidades que ofrecía la posesión de Chile, me inspiraron la resolución de presentar al Delegado una memoria demostrativa de la verdadera situación del país y de la necesidad de preferir la ocupación de Chile á la de las Provincias altas del Perú. Mi plan no se extendió entonces á este solo objeto; su tendencia directa llegaba hasta la invasión de estas costas señalando los medios de la ejecución.

«Ya se vé que en la imposibilidad de garantir el resultado de la empresa, era natural se convirtiese contra mi el descontento de los primeros hombres de la nación, empeñados en la

campaña de las Provincias altas. El General San Martín tenía contra sí un fuerte partido de oposición, y sin embargo de que al proponer mis ideas no podía ser conducido de otro interés que el de la salvación de mi país, una sorda pero poderosa conspiración se oponía á mi proyecto. Fueron, con todo, mis demostraciones tan persuasivas y tan fundadas en hechos al alcance de la autoridad, que el Delegado pasó mi memoria al Director Pueyrredón; la honró éste con su aprobación; abandonó la idea de la campaña del Alto Perú; se decidió por la de Chile, y ordenó se *practicase cuanto indicaba yo en mi memoria,* lisonjeándome con expresiones que no eran, por cierto, el objeto de mis desvelos.

«Hasta el año de 1817, en que el ejército de los Andes cruzó las Cordilleras, permítaseme decirlo, fuí en Buenos Aires el eje y el apoyo de la expedición, por la influencia que me daba mi destino de Subsecretario de la Guerra, siendo á la vez el objeto de la crítica y de la contradicción de los que habían calculado menos que yo las consecuencias de la importante adquisición de Chile. La victoria coronó mis votos, y en la gratitud de mi gobierno y de mis compatriotas recibí la compensación de mis inquietudes y peligros.»

La precedente transcripción preséntase como irrecusable testimonio de un hecho tergiversado por escritores contumaces y astutos, aun en pre-

sencia de documentos concluyentes. Pero lo han reconocido, dándole su verdadero valor, los gobiernos del Perú, de Chile, de la República Argentina; los más ilustres guerreros de la Independencia, y eminentes patricios, en los gabinetes, en la tribuna parlamentaria, en la prensa: así ha quedado la verdad en su asiento.

★

Realizada en lo que tenía de más arduo la empresa de que trataba la expresada memoria, inmortalizando aquélla al capitán ilustre que la llevara á cabo, Guido, conducido en brazos al Fuerte (antigua casa de gobierno), recibe la parte que le toca en el homenaje del pueblo entusiasmado.

La lira argentina ensalza los guerreros y dedica alguna de sus notas más sonoras al joven afortunado, cuyo nombre quedará unido para siempre al glorioso acontecimiento que festeja la patria. Esteban Luca, el Coronel Rojas y otros, le alzan en el vuelo de su fogosa inspiración. Transcribimos tres estrofas de otras tantas odas, que los ciudadanos se arrebataban entre la multitud. Ni puede presentarse ofrenda más pura á la memoria de aquel que vió contestados en su vejez sus títulos legítimos al agradecimiento de la posteridad.

Recibe loores, paternal gobierno
Que así el plan protegiste,
Y tu, joven virtuoso, que insististe
En tal empresa con tesón eterno;
La Patria hoy elevada
Os bendice en tan ínclita jornada.

—

Tu, joven destinado
Para dictar empresas de momento;
Que tanto has cooperado
De la gloria de America al aumento;
Genio penetrador, ilustre Guido,
Te vive el suelo patrio agradecido.

—

Sonará, sí, que en situación brillante
Desplegó su ardimiento,
Su vasto genio, el militar talento;
Que aquí mil ramos arregló constante;
¡Quien dar puede al olvido
Cuánto emprendiste por tu patria, oh Guido! (1)

La poesía es el escudo de oro resonante destinado á defender y levantar los nombres dignos de memoria. Ahí están esas estrofas, esas tres lámparas perpetuamente encendidas. ¡Qué viento impuro podrá nunca apagarlas!

Guido, dirigiéndose de oficio al Supremo Director del Estado, declinó el honor que se le dispensaba «por un soldado de la libertad» (Rojas) atribuyéndolo á sus superiores. El primer magistrado ordena por un decreto la publicación de su nota, agregando: «Los honrosos sentimientos de delicadeza del Oficial Mayor de la Secretaría de la Guerra, don Tomás Guido, le hacen aun más acreedor á la estimación del Gobierno Su-

(1) «La Lira Argentina». Colección de poesías.

premo.» Esto pasaba en Marzo 4 (1817); el 1° del siguiente Abril se le extendía el despacho de Teniente Coronel de ejército, firmado por los generales Juan Martín de Pueyrredón y don Matías de Irigoyen. El 8 de Abril recibía el nombramiento de Diputado cerca del Gobierno de Chile. Firmábalo el Doctor Gregorio Tagle, quien le escribía oficialmente al remitírselo: «Para consolidar las relaciones de buena amistad y estrecha unión entre el Estado de Chile y estas Provincias, ha acordado el Excmo. Señor Director enviar un Diputado cerca del Gobierno Supremo de aquel país, eligiendo á V. S. para el desempeño de tan importante comisión, bajo la seguridad de que acreditará en el ejercicio de estas nuevas funciones, los mismos talentos, experiencia y celo que le han merecido la confianza suprema en su empleo de Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra.» Al determinarse el gobierno á enviar á Guido á Chile, cedió á instancias repetidas del General San Martín. Ya desde Mendoza comunicaba á su amigo, á Octubre 3: «El Director me ha desahuciado terminantemente sobre su venida, pues me dice le pido un imposible en razón de que V. es el que lleva el peso de toda la Secretaría: su falta me equivale á un batallón.... ¿Qué hacemos con el último movimiento de Córdoba, si como creo desobedece al Congreso? ¿Qué partido tomamos?» Y luego, en Diciembre 15, le decía: «Cada

vez me convenzo más de que sin V. no hacemos nada. Ahora bien, calcule V. como me veré (en pasando la Cordillera) en una campaña activa y teniendo que establecer la base de nuestras relaciones políticas, crear otro ejército, hacer reformas indispensables, etc., etc. Yo escribo al amigo Pueyrredón sobre este particular y espero que convencido de la necesidad, me lo mande á V. aunque no sea más que por tres meses.» Por último, desde Santiago de Chile escribíale á 18 de Febrero de 1817 . . «Ocho días de campaña han deshecho completamente el poder colosal de estos hombres.... ¡Qué falta me ha hecho V.! Yo bien lo calculaba, pero en esa distancia no se vé como yo divisaba.... ¿Qué se hace ahora, mi amigo? ¿Qué ventajas podrán ganar nuestras relaciones políticas con este inesperado suceso? ... Adios mi lancero amado: un brazo hubiera dado por su presencia en estas circunstancias. —*Su eterno lancero.*»

★

Nuestro representante parte á Chile. Se abre allí un campo inmenso á sus trabajos: lo recorrerá gallardamente. San Martín responde de las armas; Guido de las relaciones políticas que deben cimentar la unión entre los aliados de la libertad: la República no puede estar mejor representada: se salvarán sus intereses, su respon-

sabilidad y su honor. Al mes de su llegada, el Diputado argentino recibe la más alta distinción en una ceremonia solemnísima. Al repartirse, sobre un tablado preparado al efecto, á los jefes del ejército formado de gran parada en la plaza de Santiago, y en medio del júbilo de la multitud entusiasmada, las medallas decretadas en premio de la victoria alcanzada en Chacabuco, San Martín sorprende á Guido, colocándole él mismo en el pecho la honrosa condecoración: «Nadie, dijo en voz alta, merece esta insignia más que vos; llevadla con orgullo y conservadla hasta la muerte.» El pueblo aplaudía, y los vítores atronaron el aire. Guido devolvió al día siguiente la medalla, diciendo no corresponderle, por no haber asistido á la jornada de que era digno galardón, y pidiendo al General San Martín la destinase al soldado que más se hubiera distinguido en el combate. Esto consta de documentos públicos.

★

Los asuntos de la política y la guerra por intrincados que sean, no fueron nunca poderosos á amortiguar los afectos más vivos del alma, que nos llevan á reclinar la frente en el seno de la mujer amada. Guido eligió esposa entre las bellas hijas de Chile. La señorita Pilar Spano, hija del heroico defensor de Chillán y de Talca, el Co-

ronel Carlos Spano, de noble origen español, muerto acribillado de heridas en la defensa de esta plaza, abrazado á su glorioso pabellón, fué la fiel y virtuosa compañera á quien nuestro brioso Diputado unió para siempre su destino. De ella tuvo en Santiago dos hijos que sacó de pila el General San Martín.

★

Laboriosísima y fecunda, ha dicho ya antes el autor de estas líneas, fué la misión del Enviado argentino cerca de la República de Chile, cuya bandera le tocó la honra insigne de llevar en sus manos el día clásico de la jura de su Independencia. Sin su presencia en aquel país habrían tomado otro rumbo los sucesos. San Martín tenía gran confianza en su juicio, como ha podido colegirse, y la más favorable idea de su carácter y capacidad: le consultaba todo: — Cuando su espíritu vacila, el joven Diputado de las Provincias Unidas lo sostiene y retempla. Cuando sus asperezas de soldado le llevan á formular contra los gobernantes acusaciones que atendidas producirían un inmediato rompimiento, su amigo, eminentemente conciliador, armoniza las voluntades, allana los obstáculos. En los días sombríos en que la fortuna abandona nuestras banderas, el representante de nuestra patria redobla sus esfuerzos y contribuye poderosamente

á que vuelvan á tremolar victoriosas. Fija siempre su mente en su antiguo y favorito pensamiento de arrojar á los españoles del suelo de los Incas; no pierde oportunidad de preparar el ánimo de los gobernantes en el sentido de su realización, y cuando éstos parecen abandonarle y que el mismo General en Jefe, obediente á las órdenes de la autoridad de quien depende, se muestra dispuesto á repasar los Andes y hasta á separarse del ejército, el militar diplomático del Plata, esfuerza sus argumentos en favor de la empresa á que cree vinculada la libertad del Continente. Sus demostraciones no admiten réplica. Cede á ellas el Gobierno, San Martín se convence. Vuelven las legiones argentinas á sus cuarteles de donde en parte han sido ya alejadas. Renace el espíritu inspirador de los grandes días. Prepáranse las armas. La esperanza hace palpitar de nuevo el corazón de los libertadores. ¿Quién es ya capaz de contener su ímpetu arrogante? Empero, para llegar al centro más poderoso de la conquista, á la dulce y perfumada Lima, es necesario atravesar el mar que el enemigo enseñorea, y los patriotas carecen de naves con que abrirse camino á través de las ondas. Nuestro Ministro ha previsto la dificultad y quiere vencerla á todo trance. Él es el encargado de preparar en Valparaiso los primeros elementos navales que nos darán el triunfo. Desde allí establece y ordena el plan de corso

adoptado como una medida indispensable. Arma los primeros barcos de la escuadra chilena. Competentemente autorizado, dirige sus operaciones fiadas á intrépidos marinos. Por su orden, la fragata «Esmeralda» es asaltada. Los españoles, perseguidos, vénse obligados á levantar el bloqueo del primer puerto de Chile. Ya el intrépido Blanco alza el pabellón tricolor en el tope de su capitana. Truena en el océano el cañón de los libres, y aquel marino ilustre justifica gloriosamente la elección que de él ha hecho la República, tomando al abordaje la fragata «Isabel». Algunos días más y el adalid argentino habrá arrancado en la Ciudad de los Reyes de manos del conquistador que se cree invulnerable, el estandarte de Pizarro.

★

Entre tanto la guerra civil en la Provincia de Buenos Aires había causado la disolución del gobierno de que dependía nuestro Enviado en Chile. Suspensas de hecho las atribuciones de su carácter público, lo comunica así al Ministro don Joaquín de Echeverría, quien al contestarle á 27 de Abril de 1820, dícele de oficio: «Si la tempestad política que ha descargado sobre las Provincias Unidas ha conmovido tan sensiblemente el ánimo del P. E., puede asegurarse que ha tenido una parte no pequeña en sus emo-

ciones, la consecuencia del fenecimiento de las funciones de V. S. Ha sido para S. E. tanto más penosa esta cesación, cuanto que ha tenido oportunidad de observar más de cerca que otro alguno la conducta seguida por V. S., en los tres años de su diputación. Durante este período marcado con acontecimientos ya prósperos, ya adversos, ha notado con placer S. E., que V. S. ha seguido uniforme la senda del honor, y que su alma ardiente, devorada por el amor del bien público, no ha conocido otro móvil que el más puro civismo y los deseos más vivos y los esfuerzos más eficaces para estrechar los vínculos de unión entre Chile y Buenos Aires y propender á la consolidación de la grandiosa y bella obra que hemos emprendido. Digno representante del Gobierno Argentino, pero al mismo tiempo eminentemente americano, V. S. ha sabido conciliar el pleno cumplimiento de sus deberes oficiales, que le imponía su comisión, con la promoción de los grandes objetos á que todos somos igualmente llamados.»

Antes de esta nota el General San Martín, tan reservado y tan sobrio en el elogio, se dirigía al Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata por nota separada, al pasarle el parte de la batalla de Maipo, en estos términos: «Faltaría á la justicia, á la razón y á la equidad si dejara en silencio los revelantes méritos de nuestro Diputado cerca de este Estado el señor

don Tomás Guido; pues sus fatigas y trabajos emprendidos en tales circunstancias son inimaginables, ya acompañando al ejército en su marcha á Talca, concurriendo al mismo tiempo al orden de él, y lo que es más la actividad con que se condujo en Valparaiso en momentos tan críticos para realizar un proyecto digno de su genio, como lo verificó con notables ventajas.

«V. E. tendrá la bondad de tener presente este bosquejo de los servicios del señor Guido para las consideraciones que se merece. Cuartel General en Santiago, Abril 11 de 1818.»

El Gobierno argentino decretó «la publicación literal» de esta nota, «para satisfacción del benemérito Diputado cerca del Estado de Chile don Tomás Guido», y agregaba: «Pásese al Ministerio de la Guerra á efecto de que sean considerados sus relevantes servicios.» Estos le valieron el despacho de Coronel graduado, firmado por los Generales Pueyrredón é Irigoyen, expresándosele en la nota de remisión, que el gobierno se lo había mandado expedir «en consideración al mérito y particulares servicios con que V. S. se había hecho justamente acreedor á dicho premio». También el Gobierno de Chile le hizo extender el diploma de Coronel de infantería firmado por O'Higgins y el General José Ignacio Zenteno, habiéndole antes nombrado Suboficial de la Legión de Mérito, y más tarde Oficial de la misma. Apenas cesó en su misión di-

plomática, pasó á servir al lado del General San Martín en clase de su primer Ayudante de Campo, siendo promovido por aquél, poco antes de zarpar la expedición al Perú, al grado de Coronel efectivo.

Prolijos son estos detalles; pero los encontramos al paso y los recogemos como los pergaminos dispersos de una vida cuyos timbres no deben ser indiferentes á la República, tratándose de uno de sus hijos más fieles.

★

Aproximábase el momento de la gran cruzada á la tierra del sol, anublado hacía siglos por el turbión de la conquista. Todos los corazones palpitaban aceleradamente. La electricidad de la gloria en perspectiva se comunicaba á las almas. Pero templemos la indispensable gravedad de nuestra relación, reproduciendo algunos fragmentos de la correspondencia del General Guido con su joven esposa: son notas penetrantes y al mismo tiempo suavísimas en el concierto de una existencia agitada. Desde Valparaiso la escribía á Santiago, á 19 de Agosto 1820: « Todo es ya movimiento y ruído de tambores en el puerto: las piezas de leva se repiten, y todo nos anuncia que se acerca el día de marchar. Ayer se embarcaron cinco cuerpos de infantería y varios escuadrones de caballería, entre ellos el de

Rufino (más tarde el General Rufino Guido) que también se halla á bordo. Hoy quedarán en los buques todas las tropas. Los momentos me apuran »... El día antes había escrito: « Mi preciosa amiga: Aprovecho la salida de Espejo para renovarte la memoria de mi cariño. Ayer te escribí por el correo general contestando á los puntos de tus últimas cartas; creo quedarás satisfecha. Esta mañana te recomendé expresamente á doña Isabel (la hermana del Director General O'Higgins), y me ha ofrecido llenar mis encargos.

« Valparaiso presenta hoy un espectáculo magnífico, pero muy tocante. Por una parte se oyen aclamaciones de alegría, de toda la tropa, y por otra se ven correr por la playa á las madres y esposas de los pobres soldados bañadas en lágrimas, devorando con sus ojos las lanchas que conducen á sus hijos y esposos. El estruendo repetido de la artillería, la armonía de las músicas y el ruído de los tambores, es el objeto de espectación á un inmenso pueblo que corona los balcones y cimas de los cerros. La historia recordará ciertamente este día como uno de los más memorables desde el descubrimiento del Nuevo Mundo.

« Entretanto, mi corazón oprimido del sentimiento de dejarte, sufre todas las amarguras. Mi imaginación te me representa amable y virtuosa al lado de dos inocentes; y la privación de tan

deliciosa compañía es una clase de martirio que hiere al espíritu en lo más delicado. Sólo una esperanza vacilante me deja divisar á lo lejos un porvenir más venturoso y la posesión del único objeto de mis aspiraciones. Cuando ya el tiempo haya disipado nuestras cenizas, acaso los amadores de la Patria recordarán mi nombre como el de uno de los americanos que trabajaron por su Independencia: cada cual graduará nuestras acciones públicas por los documentos que las califiquen ó por la medida de sus pasiones; pero la imposibilidad de transmitir los sacrificios privados que oculta un hombre dentro de su seno, nos usurpará sin duda una parte de nuestra gloria. Yo te juro que sólo el santo fin de la libertad de nuestra Patria puede impelerme á tomar parte en una empresa que trastorna todas mis conveniencias personales y me aleja de tí.»

He aquí al hombre en una noble faz de su carácter: patriotismo dispuesto á todo sacrificio, sensibilidad exquisita.

★

La carrera del General Guido en el Perú fué brillante y fecunda. Lo que ha de seguirse lo escribimos en vista de su correspondencia y sus anotaciones. Recién desembarcado á cincuenta leguas al sud de Lima en las playas peruanas,

que con el General San Martín fué el primero en pisar el 8 de Septiembre de 1820 en medio de las salvas de cañón de los barcos que conducían la expedición libertadora, nombrósele cerca del Virrey Pezuela para la negociación de Miraflores, en la que obtuvo el canje de los prisioneros patriotas encerrados en casamatas y un armisticio que dió el tiempo necesario para que el ejército republicano adquiriese movilidad y ramificase sus relaciones, de las que resultó se pasase á las filas de aquél el famoso batallón de Numancia con sus oficiales al frente, y pudiesen los independientes iniciar la campaña con próspero suceso. No bien el ejército, por un movimiento estratégico, cambió su campo al Sud, situándose en Ancón, al Norte de la capital, repercutiendo el ruído de su campaña en Guayaquil, una reacción popular derribó allí las autoridades españolas, precipitándose los patriotas á un ataque contra las autoridades españolas que ocupaban á Quito. En estas circunstancias el Coronel Guido fué enviado á Guayaquil, acompañado del General Luzuriaga, con el encargo de ligar á aquella Provincia á los intereses de las fuerzas libertadoras del Perú, negociar un empréstito y pedir auxilios, ofreciéndole en retribución los que el Ejército Unido pudiera facilitarle á su turno para defenderse de las amenazas de las tropas realistas. Se le recomendaba por el capítulo 2° de sus instrucciones, convenciese al

Jefe Político con quien estaba encargado de entenderse, que era urgente expedicionar sobre Cuenca con el intento de diseminar el poder y los recursos de los enemigos, poner á los patriotas guayaquileños en contacto con los de Quito, y facilitar á éstos la oportunidad de recobrar su libertad. En el capítulo 6° de dichas instrucciones se expresaba «que la ocupación del Istmo de Panamá por las armas de la Patria, era de la mayor importancia para cortar toda comunicación con la Península á los agentes españoles, debiendo por consiguiente esforzarse en persuadir al nuevo Gobierno, de la necesidad de emprender sobre dicho punto, á fin también de libertarlo, luego que fuesen satisfechos los primeros objetos de su comisión.» Tal era el vuelo inmenso que tomaba la revolución americana, y tal la viril arrogancia de los propagandistas argentinos.

El distinguido acogimiento hecho al comisionado por el gobierno de Guayaquil que presidía don José Joaquín de Olmedo, el cantor insigne de Junín, le abrió ancho campo para llenar cumplidamente su misión. Fué ésta tanto más oportuna, cuanto que sobreviniendo los triunfos del ejército real, comandado por el General Aymerich, contra las tropas enviadas á batirlo, necesitábase el consejo de un jefe capaz, para detener la invasión, que partiendo de Quito, amagaba aniquilar en su cuna la existencia de

un pueblo bisoño en las tormentas de la revolución. Desde Guayaquil, donde contribuyó eficazmente á las medidas de una vigorosa defensa, la cual indujo al enemigo á abandonar el intento de apoderarse de aquel centro de poder y de acción, fomentó el levantamiento de la Provincia de Cuenca, poniéndose en activa correspondencia con los directores del movimiento revolucionario en tan apartadas regiones, mientras el bravo Luzuriaga, puesto en campaña, se ocupaba en la organización de las fuerzas que debían oponerse á Aymerich. Así esos dos argentinos, antes de que nuestros guerreros hicieran brillar sus armas entre las escabrosidades del Pichincha, fueron los primeros que partiendo de las orillas del Plata, aparecieron bajo los fuegos del Ecuador, como los briosos heraldos de la idea nueva y redentora.

De regreso el Coronel Guido al Perú después de firmar y ajustar un tratado para las carenas y suplementos á la escuadra de Chile, habiendo conseguido, en medio de las dificultades más arduas, el auxilio de buques, dinero, municiones y otros artículos de guerra para el ejército de que dependía; luego de llegar al Cuartel General fué comisionado con el Coronel don Rudecindo Alvarado (Febrero 15 de 1821) para una entrevista que á invitación del Virrey La Serna verificóse en Torre Blanca, á fin de procurar un medio conciliatorio de terminar la guerra. Los

españoles fueron representados por los distinguidos Coroneles don Gerónimo Valdés y don Andrés Loriga. Los emisarios patriotas propusieron y sostuvieron, llegado el caso, según sus instrucciones, como base de toda negociación, la independencia del Perú, de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata. No dándose los españoles á partido, se suspendió todo arreglo. Estrechado entonces por los independientes el asedio de Lima, volvió el Virrey La Serna, á mediados de Abril del mismo año 21, á hacer nuevas y más empeñosas proposiciones para un avenimiento. Aceptada su iniciativa, formóse una reunión de plenipotenciarios á que se llamó Junta de Pacificación, señalándose la hacienda de Punchauca como el punto donde debían efectuarse sus deliberaciones. Los representantes del Virrey eran don Manuel Llano y Naxera, condecorado con los títulos de la orden militar de San Hermenegildo, Mariscal de Campo de los ejércitos nacionales, Subinspector del cuerpo de artillería, con las cruces de Bailén, Portugal y Almonacid; D. José María Galdiano, Alcalde constitucional de segunda nominación de Lima, y el Capitán de fragata, comisionado por el Rey de España para promover la pacificación, D. Manuel Abreu, y Secretario, el Capitán adicto al Estado Mayor D. Francisco Moar, sustituído mas tarde á causa de enfermedad por el Teniente de Navío D. Ramón Bañuelos. El General San Martín

nombró por su parte á su primer Ayudante de Campo, Coronel D. Tomás Guido, D. Juan García del Río, Secretario de Gobierno y Hacienda, don Juan Ignacio de la Rosa, que luego se retiró, y como Secretario á don Fernando López Aldana, miembro de la Cámara de Apelaciones de Trujillo. Cerca de tres meses duraron las célebres negociaciones de Punchauca, durante las cuales se avistaron los Generales San Martín y La Serna, acompañados de sus cabos principales. El General Guido ha narrado en la Revista de Buenos Aires este interesantísimo suceso, que sin un accidente imprevisto, debió dar fin á la guerra con grande honor de nuestras armas. En él tuvo una participación descollante, manteniéndose durante el curso de la negociación (tres meses) entre los jefes realistas, quienes, habiendo hecho antes uno de ellos, el General Monet, la tentativa de atraersele ofreciéndole un elevado título, rechazado con dignidad altiva, le manifestaron noblemente el alto aprecio que los hombres de guerra tienen por sus iguales en la lealtad y el pundonor. «Comisiones intrincadas en el centro de nuestros enemigos», dice el General Guido, refiriéndose á aquel período de su vida, en una de sus cartas datadas el año 1824, «ocuparon la mayor parte de mi tiempo. La reserva inseparable de esta clase de asuntos y la continua actividad en que se me veía para atenderlos cumplidamente, concitaban contra mí los

celos de algunos de mis compañeros, graduando de favoritismo lo que era debido á la casualidad ó á la constancia con que sirvo á la Patria. Me ocupaba, aparte de mis obligaciones, en velar de continuo sobre las diferencias que desgraciadamente dividían al ejército, en aplacar pasiones exaltadas, enlazar voluntades, sofocar semillas de discordia y disminuir el tráfico de rencillas recíprocas. Mi voluntad excedía siempre á los medios necesarios para este objeto; pero mi vista fija sobre la suerte del Perú y la del ejército de que dependía la gloria y término feliz de la campaña, era el resorte de mi débil influjo. Nadie me vió abusar de consideraciones contra el destino de ninguno de mis compañeros.»

★

El 9 de Julio de 1821 la Ciudad de los Reyes abría sus puertas al Ejército Libertador. Sobre este acontecimiento memorable escribía el Coronel Guido, en 6 de Agosto, á su esposa: «Mi adorada Pilarcita: Supongo que á esta fecha se habrá celebrado en esa, con grandes festejos, nuestra entrada en Lima. Aquí ha causado en el pueblo transportes de verdadera locura. El 28 del mes anterior se juró la Independencia del Perú. No he visto en América un concurso ni más lucido ni más numeroso. En todas las plazas en que se hizo la jura apenas se podía imponer silencio

un instante. Las aclamaciones eran un eco continuado de todo el pueblo. Yo fuí uno de los que pasearon ese día el estandarte del Perú Independiente. Te protesto que ese momento de placer no puedo compararlo sino con el primero en que creí poseer tu corazón. Jamás podría premio alguno ser mas halagüeño para mí, que ver enarbolada la enseña de la libertad en el pueblo más importante de esta parte de América y cumplido el objeto de nuestros trabajos en la presente campaña. Varias escenas tocantes se vieron ese día entre el bajo pueblo, y sus demostraciones fueron tan candorosas, como sincero el gozo que asomaba en el semblante de todos. En esa misma noche se dió refresco y baile en el Cabildo. Ninguna tropa pudo contener la aglomeración de gente. En la noche siguiente se dió en el palacio del General un baile á que asistieron todas las señoras. Esto requería una descripción particular para lo que no tengo tiempo. La compostura con que se presentaron aquéllas era elegante. Yo bailé mi contradanza de etiqueta... Siguieron después las iluminaciones y comedias, y ayer se cantó por primera vez en el teatro de Lima la marcha nacional. Todas las castas y cofradías de negros se han esmerado en celebrar la Independencia. Ayer tarde se veían reunidas en la plaza y calles inmediatas mas de dieciséis mil almas repartidas en bandas, con diferentes bailes y bajo distintas banderas. Pero

todo esto forma un contraste singular con el cañoneo que constantemente se oye de nuestro ejército hacia el castillo de San Felipe y de este á aquel. Los españoles todavía se sostienen dentro de las fortificaciones del Callao y sufren un riguroso sitio en el que perecerán ó entrarán en partidos, si alguna ocurrencia extraordinaria no nos obliga á dirigir las fuerzas á otra parte. Hace cuatro días que fuí al castillo del Real Felipe á proponer capitulación á su jefe. Se me recibió muy bien por los Generales, y aunque á la salida tuve un incidente peligroso, pasó aquello y esperamos aún contestación de lo que propuse á nombre del General. La Serna se mantiene en la Sierra con todas las tropas que ha podido reunir. Su deserción es numerosa y estamos preparando á toda prisa medios de acabarlo. Esta ha sido de nuestra parte guerra de paciencia. Con esta hemos desquiciado á los enemigos, y con la misma hemos de concluir la obra si nos ayuda un poco la fortuna.»

No se nos ha de llevar á mal, debemos esperarlo, la extensa transcripción que precede: Son ráfagas luminosas de otros tiempos, que nos permiten ver á los antepasados en el teatro mismo de su acción. El papel que representa Guido en la memorable escena que describe, hubiera bastado á indemnizarle, por la satisfacción recibida, de cualquier veleidad ú olvido de la posteridad. Cuando se ha tenido el honor

de hacer flamear, alzándolas en las propias manos triunfalmente, las banderas de dos naciones ilustres en el día más solemne de su historia, bien se puede dormir tranquilo, aunque sea bajo un montón de piedras toscas en cualquier rincón del campo santo.

★

Investido de amplísimas facultades otorgadas en términos que por si solos valen un diploma de honor, y despues de haberle escrito el General San Martín, «la absoluta confianza que los conocimientos de V. S. y celo por su patria me merecen, me dan lugar á esperar el más ventajoso desempeño de esta importante comisión», el Coronel Tomás Guido, argentino, hijo de Buenos Aires, después de haber asistido en servicio activo al sitio del Callao, firma y estipula, á 19 de Septiembre de 1821, la capitulación de sus inexpugnables castillos. «Excmo. señor», escribe dos días después, « A las diez de esta mañana las tropas de la Patria tomaron posesión de las fortalezas del Real Felipe, San Miguel y San Carlos, y el pabellón del Estado libre del Perú flamea en ellas por la primera vez. Sucesivamente la guarnición española de la plaza desfiló con los honores concedidos en el artículo 1º de la capitulación, y dejó sus armas y correajes. Muy corto número ha preferido seguir la suerte

del ejército real: el resto ha abandonado voluntariamente sus antiguas banderas. El inmenso parque de artillería, armamento y útiles navales que he encontrado, aumenta en sumo grado el valor de la importante adquisición que ha hecho la causa de la América. Muy pronto me ocuparé de sus detalles para transmitirlos al conocimiento de V. E.»

Nombrado el Coronel Guido Gobernador de dicha plaza, durante los cinco meses largos que se mantuvo á su frente, restableció y aumentó sus defensas, organizó sus parques y la puso en perfecto estado de guerra. Los numerosos jefes y oficiales prisioneros del ejército real (llegaban casi á cien) le manifestaron, cuando dejó aquel puesto, el pesar que su alejamiento les causaba, agradeciéndole la conducta generosa observada con ellos.

Ascendido ya, habiendo recibido antes el diploma de Fundador de la Orden del Sol (Diciembre 10 de 1821), al grado de General de Brigada (22 de Diciembre 1821), encárgasele de la Secretaría de Estado en el Departamento de Gobierno: luego ocupa sucesivamente hasta el año 1822 el Ministerio de la Guerra y Marina, un asiento en el Consejo de Estado, siendo agraciado con el despacho de General de los ejércitos del Perú, y con la promoción á Consejero de la Orden del Sol, á cuyo título estaba asignada la pensión vitalicia de 1000 duros anuales, que nunca se pagaron.

Al aceptar estos puestos y distinciones, antes como después, el General Guido, que no abandonó jamás su escarapela (1), se dirige á su gobierno (Enero 12 de 1823) manifestándole que está siempre á sus órdenes. Rivadavia le contesta primero y luego el General don Francisco de la Cruz en términos encomiásticos, ponderando su lealtad y constancia. Como una muestra de esas comunicaciones, dictadas por el más puro amor á la patria lejana, damos á continuación la siguiente nota dirigida (Enero 12 de 1823) á aquel oficial superior, que á la sazón ocupaba el Ministerio de la Guerra.

«Desde que el ejército de los Andes se unió al de Chile para arrancar á este país del poder de los españoles, no se me ocultó que según se alejase de las Provincias á que pertenecía, la conducta pública de cada uno de sus jefes sería envuelta en las nubes que levantase el calor de las pasiones, ó en los equivocados conceptos que á tan larga distancia no es fácil corregir. El destino que respectivamente ha tocado á algunos y la complicación de sucesos de la campaña desde el año veinte, han contribuído también á

(1) Guido escribía ingenuamente á su esposa desde Lima en 1821: "Se me iba pasando hablarte de las escarapelas; ambas están muy lindas y como supongo que la de tafetán ha sido hecha por tí, será la que yo use: pienso estrenarla en el día de la jura de la Independencia del Perú, que debe hacerse dentro de seis días. ¿Te imaginaste cuando la trabajabas, que saldría á luz para celebrar un suceso tan grande? Será una de las cosas que refiera á mis hijos, cuando ellos sean capaces de entender y sentir."

que los sentimientos de los jefes del ejército de los Andes se caracterizasen de menos adheridos ó tibios hacia la tierra de su origen. Yo no temería equivocarme si asegurase que entre los contratiempos de la suerte y en los azares que relativamente amenazaban, nada afectaba tanto á los que componían dicho ejército como el dolor de que sus esfuerzos por la libertad de la América, pudiesen confundirse con aspiraciones menos nobles, y sobre todo, con el olvido de su suelo natal. Pero contrayéndome á mi peculiar situación, estimo el deber de protestar á V. S., que si bien me prometia que el desenlace de los acontecimientos presentaría mi conducta pública á la luz de un desengaño honroso, el retardo de ese momento ha hecho para mí insoportable.... Me veo, pues, estrechado á manifestar sinceramente á ese Gobierno, por el respetable órgano de V. S., que nacido á la revolución bajo el pabellón bicolor, existe en mi corazón el mismo interes por su esplendor y gloria que el 25 de Mayo de 1810, y que siendo el Gobierno de mi querida patria el primero á convalecer de las desgracias políticas del año veinte, y el primero á dar ejemplo de magnanimidad, órden, libertad y buena fe, reconozco la obligación de ofrecerle mi respeto como dependiente que soy del ejército de los Andes.

«Me hallo todavía al frente del Ministerio de Guerra del Perú; mas este cargo que he renun-

ciado con repetición, lo conservo solamente por la resistencia del Gobierno de este Estado á mis repetidas instancias, hasta que puestos los ejércitos en campaña haya satisfecho mis únicas miras en tal destino.

«Al presentar á V. S. esta manifestación, dista mucho mi ánimo de aparecer en otra esfera que en la de un ciudadano y en la de un hijo de Buenos Aires, de cuyo origen me engreiré hasta el sepulcro á pesar de los celos é ingratitudes que por todas partes acompañan este nombre. No participo ciertamente de la mezquindad de negarme á los demás hombres, y pertenezco á toda sociedad en que se persiga la tiranía, el fanatismo y el espíritu de esclavitud; pero bajando hoy el influjo de ese sentimiento sublime sobre mis compatriotas, desde el asiento de la sabia administración que los preside, me honraría de prestarle mis humildes servicios para colmo de todos mis votos.»

★

Finalizaba el año 1822, cuando un suceso extraordinario vino á sorprender á los defensores de América. San Martín se alejaba del Perú, precisamente en el momento en que acababa de desprenderse de las insignias del mando, que con el título de Protector investía. El General Guido se empeñó en hacerle desistir de una resolución que

consideraba funesta; pero nuestro prestigioso caudillo se mostró inquebrantable en su resolución, fundándose en razones que, aun severamente juzgadas, nunca podrían ser en la balanza de la justicia póstuma un contrapeso á sus laureles. Mucho recomendó á su amigo no abandonase al General La Mar, ni la causa por que ambos habían combatido, y á que él creía servir mejor que lo hiciera con su espada, con el sacrificio de la gloria á que pudiera aún aspirar.

En viaje ya, dirige al General Guido la carta que insertamos, y en la que el Fabio Máximo argentino estampó el sello de su moderación sin ejemplo, en esa ejecutoria que la más noble amistad otorgaba, sin pensarlo quizá, á uno de los colaboradores más constantes en la magna empresa confiada á su denuedo:

Señor General don Tomás Guido.

A bordo del *Belgrano*, á la vela,
21 de Septiembre de 1822, á las dos
de la mañana.

Mi amigo: Usted me acompañó de Buenos Aires, uniendo su fortuna á la mía: hemos trabajado en este largo período en beneficio del país lo que se ha podido; me separo de usted, pero con agradecimiento, no solo á la ayuda que me ha dado en las difíciles comisiones que le he confiado, sino que con su amistad y cariño personal ha suavizado mis amarguras y me

ha hecho más llevadera mi vida pública. Gracias y gracias, y mi reconocimiento. Recomiendo á usted mi compadre Brandzen, Raulet y Eugenio Necochea.

Adiós. Abrace usted á mi tía y Merceditas.

Su

SAN MARTIN.

No en vano recomendó el ilustre viajero al amigo que nunca se conformó con su ausencia, continuase firme en la arena á que le había conducido en días memorables. El General Guido redobla su actividad y su eficacia, asociándose sin descanso á la obra de La Mar, de Sucre, de Bolívar. « Ahora te pido las enhorabuenas, escribe á Chile á su Pilar (1822), por el honor con que he terminado mi carrera ministerial en el Perú. Los ejemplares del «Correo Mercantil» que te incluyo, contienen mi tercera renuncia, y las «Gacetas» el concepto que he debido al Gobierno al dejar el Ministerio, y esto, aun despues de una revolución del ejército contra el Poder Ejecutivo, á cuyo lado había yo desempeñado mi empleo. Así veo en algún modo compensados los indecibles afanes que desde el principio de la campaña consagré á la libertad de este país. Despues de lo que ya sabes, creo que culparás menos mi intervención en los negocios, y te convencerás de que no me ha deslumbrado el falso brillo de los cargos que

he ejercido, porque penetrado siempre de los peligros que amagan á todo hombre público, solamente los he corrido con gusto, mientras he juzgado que bajo aquel carácter he podido servir á la Patria. La penosa tarea en que he pasado tres años, había debilitado mi máquina á tal grado, que estaba seguro de no poder resistir. Los facultativos me han aconsejado tomar baños de mar, y con este fin he venido á Chorrillos, distante tres leguas de la capital, en donde he comenzado á gozar una tranquilidad que había desconocido por mucho tiempo... He tomado ya algunos baños; hago mis correrías con la escopeta, y mi salud se va restableciendo á toda prisa.»

★

Poco duró el solaz que se diera en un sitio apacible. Vigorizada su naturaleza feliz y sabiendo que el enemigo se movía por segunda vez sobre Lima, que ocupara, salió en el Cuartel General del ejército de los Andes en su clase de Coronel Mayor al campo de San Borja: de allí se dirigió á la plaza del Callao, sitiada por el General Salom, colombiano, á cuyo lado estuvo en servicio activo hasta rendirse aquélla, después de una heroica defensa. Este suceso obligó á los españoles á abandonar por segunda vez la capital, siendo nombrado el General Guido por

el ilustre Sucre que comandaba á la sazón el ejército, su Gobernador interino. En la *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente,* de 19 de Julio de 1823, bajo el rubro «Memoria importante», se leen estas palabras: «Ningún espectáculo puede presentarse más memorable que la ciudad de Lima, luego que el pueblo se cercioró del abandono de los españoles. Torrentes de gente inundaron aquellas calles y plazas que en los días anteriores estaban solas y espantosas. Gritos y vivas resonaron en aquellos espacios que antes habían estado poseídos de silencio y desesperación. Cuando la Ilustrísima Municipalidad reunía á los vecinos principales con el destino de proveer á su seguridad, entró en esta capital el señor General de Brigada D. Tomás Guido, escoltado de una compañía de rifles, y presentándose en la Sala Consistorial, manifestó que el Excmo. General en Jefe, D. Antonio José de Sucre, lo enviaba para que se encargase del cuidado de la ciudad y su gobierno.

«Una aprobación general fué el efecto del anuncio; y las campanas, los ecos, los semblantes y las demostraciones todas significaron, que el riesgo se había cambiado en seguridad, y en benignidad el despotismo. El terror ha desaparecido subrogándose en su lugar la satisfacción, el contento y los aplausos.»

En el corto tiempo que duró el mando del General Guido en Lima, sus medidas enérgicas

salvaron esa capital de los desórdenes consiguientes al conflicto porque acababa de pasar. Depuesta su autoridad con la solemne ceremonia de estilo, en manos del Gran Mariscal don Bernardo José de Tagle, delante de la Municipalidad reunida en la Sala Capitular, labróse el acta correspondiente, datada á 20 de Julio de 1823 «en la heroica y esforzada Ciudad de los Libres» de cuyo documento tenemos á la vista el testimonio original, otorgado por el Secretario suplente de aquella corporación, don José Antonio de Corbián, y del cual reproducimos lo que sigue: «Concluído este acto (la entrega del mando), tomó la palabra el señor General Guido, y con el mayor entusiasmo á S. E. dijo: Que después de felicitar al Perú en su persona por la elección que se había hecho de ella para el alto mando interino del país, esperaba consagraría sus desvelos en favor de esta capital, que más que nunca necesitaba sabiduría y prudencia en los consejos de su gobierno; que en el corto tiempo que tuviera la honra de presidirla, nada había excusado para su reorganización y para inspirar vida al espíritu público, sobrecogido por la bárbara conducta del ejército enemigo en su última invasión; y aunque como un verdadero americano, vivamente interesado por la independencia y libertad del Perú, había puesto sin reserva todos los medios para llenar cumplidamente los objetos de su comisión, habría avan-

zado poco sin la cooperación eficaz de los señores miembros de la Municipalidad, quienes habían desempeñado propiamente las funciones de padres y amigos de la Patria: Su Señoría recomendó fuertemente el celo y sentimientos liberales de la Excma. Municipalidad, á la cual, dirigiendo la palabra, dió expresivamente las gracias.

Su Excelencia, en contestación á las expresiones anteriores, dijo: Que sabía muy bien quién era el General Guido: el vivo interés y patriotismo con que había servido siempre al Perú, y que mereciendo justamente la misma opinión del Excelentísimo señor General Antonio José de Sucre, le había escogido para dirigir la capital en la delicada situación en que la habían dejado los enemigos; y que estaba penetrado del acierto con que había desempeñado su Gobierno; que se gloriaba, como buen americano, de que sus compatriotas que componían esta Ilustrísima Municipalidad, hubiesen procedido con el esmero, auxilios y entusiasmo que se dejaba ver. Y repitiendo esta Ilustrísima Municipalidad su regocijo, y servicios con el más cordial afecto, se concluyó este solemne acto.»

El documento que precede está firmado por el Gobernador entrante y el saliente, y los Municipales de Lima, Manuel Antonio Baldisán, Anacleto Limo, Pedro Manuel Escobar, doctor Josef Manuel Villaverde, Miguel Gaspar de la

Fuente, Isidro de la Rota, José Durán, Manuel Saenz de Tejada, José Ignacio de Santiago, Lorenzo Soria, síndico procurador; José Antonio de Corbián, secretario.

Si por ventura estas líneas cayesen un día bajo la vista de alguno de los descendientes de aquellos que las firman, sin duda leerán con amor y respeto los nombres olvidados de esos viejos beneméritos que en Lima, la bella dolorida de América, asistían al nacimiento de la patria. En cuanto á nosotros, es siempre bueno recordar que los hijos del Plata, movidos por entusiasmo santo que conmovió hasta sus cimientos la tierra argentina, supieron representar en todas partes con su inteligencia y con su espada, las aspiraciones de una nación valiente, nacida en días borrascosos á elevados destinos.

El General Guido dictó en Lima con el objeto de imponer á los contrarios y refrenar al populacho en momentos de verdadera perturbación, decretos fulminantes que contrastaban con su templanza habitual; pero ninguno se aplicó: «En mi carta anterior», escribía á Chile (Julio 1823) á su querida confidente, «te he informado de mi entrada en la capital después de haber sido desalojada por los enemigos y de haber ocupado provisionalmente el Gobierno. Ya estoy exonerado de este peso, con la satisfacción de haber llenado mis votos sin necesidad de imponer ni un solo castigo.» Ardiente en la acción,

compasivo en sus actos: lo comprueban las cartas de agradecimiento que de su archivo se conservan, algunas de las cuales son de personas á quienes salvara del último suplicio.

★

Llegamos aquí al punto de tocar un episodio á que se ha dado ya la debida importancia: pero antes explicaremos de paso el motivo por el cual el mando del ejército de los Andes, recaído en el General Alvarado al ausentarse San Martín, transfirióse al General don Enrique Martínez. Aconteció que habiendo sido nombrado el primero por el Congreso del Perú, General en Jefe de los ejércitos de esa República, los Comandantes de los cuerpos argentinos acordaron, apoyándose en el acta levantada hacía dos años en Rancagua, tener un General propio del ejército á que pertenecían, quien se entendiese directamente con su gobierno y obedeciese sus órdenes. De este modo, pensaron, si alguna vez llegasen á chocar intereses de los países en que se encontraban, con el suyo, se retirarían del territorio, ó desnudarían la espada en defensa de su amada bandera.

En tal punto las cosas, el General Sucre se dirige por escrito á 6 de Mayo de 1823 al General Martínez, manifestándole «los deseos del Libertador de recibir una memoria escrita sobre

sus opiniones respecto á la situación del Perú, que expresase el plan de campaña á su juicio más realizable y útil en las circunstancias en que se encontraban, añadiendo una idea de la opinión que tuviese respecto á la clase de tropas de cada División del Ejército Unido, y de lo que ellos por sí fuesen capaces de ejecutar, bien en masa ó separadamente. A este propósito, agregaba, «sería conveniente decir la aptitud en que V. S. considerase á cada uno de los Generales del Ejército Unido» y las operaciones que se les pudiera encargar en el plan de campaña. El General Sucre entra en otros detalles y termina suplicando en nombre del Libertador por la referida memoria.

«¡Bolívar, por intermedio de Sucre, solicitando un plan de campaña de un General argentino! Hecho tan honroso no debía quedar olvidado. La carta de Sucre y la memoria pedida, documento digno de ser presentado á tales jefes, han sido publicados, declarando el General Martínez por la prensa, que la memoria fué redactada por el General Guido, con quien acordaron los puntos á que se debía contestar. El Doctor don Miguel Navarro Viola, alma ardiente y sensible á las impresiones generosas, comentó en la Revista de Buenos Aires aquellos documentos con varonil elocuencia. «¡Honor», decía, refiriéndose á la declaración del General Martínez; «á la gloria que no teme empequeñecerse haciendo jus-

ticia! ¡Honor á la lealtad franca y abnegada que aun circula en los últimos vástagos del árbol sagrado de nuestras gloriosas tradiciones!...

«El plenipotenciario de Bolívar», agregaba, «Sucre, en nombre del Libertador, pidiendo consejo científico al General don Enrique Martínez; éste concertándose con el General don Tomás Guido sobre la grave interpelación hecha á su patriotismo y experiencia; y Guido redactando la preciosa «memoria» con que su compañero satisface el deseo del guerrero inmortal que dió su nombre á una República, expresando ambos sus aspiraciones más íntimas; nos llena de justa complacencia y del orgullo hereditario que nos viene de dos hijos de Buenos Aires, que así desempeñan misión tan encumbrada, la cual, del secreto de la correspondencia epistolar, pasará desde hoy á la publicidad de la historia.»

★

A 4 de Octubre de 1823, el General Guido es nombrado Conjuez del Tribunal Militar de segunda Instancia, y á 15 del mismo mes, firmando el despacho el General Martínez, Jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro. Al renunciar este cargo, entre otros motivos, exponía: «V. S. no ignora que contraido á trabajos de una extensión más dilatada, no he podido descender á las

aplicaciones de la nueva táctica y á todas las menudencias del sistema reglamentario del día, ya en la contabilidad, ya en las distribuciones económicas del ejército, y en el orden de sus movimientos, sin cuya posesión es imposible cumplir como lo exige el estado actual de nuestra guerra activa.»

Encargado el General Necochea del Gobierno de Lima (1824), nombra á Guido en calidad de Secretario General de Gobierno. «Sin embargo», le expresa (Febrero 20), «de la constante repugnancia que V. S. ha manifestado para encargarse de la Secretaría General, convencido yo de que son absolutamente necesarios los conocimientos y probidad de V. S. en las presentes críticas circunstancias, le he nombrado para el referido empleo, esperando que V. S. hará en favor del país un sacrificio de cualesquiera otras consideraciones en que pudiera apoyar su resistencia á admitirlo.»

Cediendo á las instancias que se le hacían por uno de los más brillantes defensores de América, á quien le ligaban vínculos de amistad, el General Guido entró á ejercer su nuevo cargo. La situación era en extremo azarosa. Sublevada la División de los Andes en los castillos del Callao, Bolívar que había reemplazado á San Martín en el mando del Ejército Unido, se vió obligado á retirarse á Trujillo para concentrar los elementos militares con que reparar el que-

branto sufrido por la insurrección militar, reorganizando la fuerza á fin de continuar la campaña contra las tropas españolas al mando del Virrey La Serna, en marcha ya para reconquistar las Provincias perdidas. Antes de salir de Lima dejó á los Generales Necochea y Guido, instrucciones terminantes para que á todo trance se evitase cualquier movimiento del populacho que expusiese la capital al saqueo. Según aquéllas se le debía remitir cuanto material de guerra pudiera extraerse de la ciudad, empezando por armamento de infantería, pólvora y municiones. Disponía también que se levantase una contribución de quinientos mil pesos (entonces suma enorme) al pueblo, empleando todo medio eficaz para conseguirlo y remesar los fondos al Cuartel General, determinando al mismo tiempo que no se abandonase la capital, sino cuando las columnas enemigas destinadas á su ocupación se aproximasen á una de sus puertas; de manera que la ciudad no corriese peligro en caso alguno de sufrir los desastres á que la expondría la plebe amotinada.

Para la ejecución de estas medidas dejó en Lima un batallón de infantería al mando del Coronel Pablo de Zela, tres escuadrones de húsares bajo el del Coronel Brandzen, y algunos oficiales, fuera de los que con pequeños piquetes de tropas peruanas se hallaban en la ciudad enfermos ó en servicio.

Respecto de la contribución á que Bolívar se refería en sus instrucciones, Guido le informó detalladamente del cúmulo de dificultades insuperables para realizar esa medida sobre una población dominada en parte por el pánico que la sobrecogía, y en la cual se ocultaban apresuradamente las personas, las alhajas y el dinero, aprestándose las gentes á huir de un enemigo ávido de venganza. A vista de este cuadro pidió el General Guido á Bolívar le dejase por escrito las instrucciones que hemos extractado, para poner en todo caso á salvo su responsabilidad, por la violencia que sería forzoso emplear si hubiese de dárseles ejecución estricta. «La tentativa», escribía el General Guido, «se hizo desde luego con vigor aunque sin atropello, y se avisó fielmente á Bolivar de la inutilidad del más extremo esfuerzo para sacar de la población la suma señalada». Entonces aquél, que había asumido la dictadura más absoluta, revela en su correspondencia epistolar su fogosidad característica: «Mi querido General», decía á Guido, «todo el mundo está encantado con V.; y yo, si me permite V. la franqueza, le diré que estoy furioso contra su bondad, su política y su parsimonia. La guerra no vive sino de actos de violencia y de destrucción; no se hace *por el amor de Dios*. La desgracia es de que V. y yo somos militares y no tenemos otro oficio más benéfico... Adios, mi querido General, vuelvo á pedir á V.

perdón por mi mal humor. Quisiera ver á V. más fuerte y menos bueno.— BOLÍVAR.

Habían pasado ya los tiempos en que la severa rectitud de San Martín fijaba matemáticamente los principios de la guerra, sin que hubiese nunca arrojado su espada en la balanza de la justicia.

★

Dos meses después de escrita la carta que antecede, habiendo entrado de nuevo los españoles en Lima y precipitándose rápidamente el desenlace de los sucesos de la guerra, Guido se reune á Bolívar en Trujillo, donde el Libertador le colma de agasajos; pero como no lo emplease en el ejército según el rango que le correspondía, ni le diese ninguna comisión activa, y cual si quisiese dejar constancia de su anhelo por servir á la causa de su amor y sus desvelos, le dirige la carta que insertamos, la cual no tuvo otro resultado que la de expresivos y vanos cumplimientos, aplazándose indefinidamente el hacer uso de los servicios ofrecidos.

Dice aquélla (Julio 9 de 1824): — «Señor: cuando tuve la honra de presentarme á V. E. en este Departamento, ofrecí mis servicios uniendo á mi deber la satisfacción de continuar bajo las ordede V. E. No se me ha ocultado que ni las circunstancias los han hecho necesarios, ni que jamás

pesaran bastante en la balanza del país. El orgullo no ha podido arrancarme la virtud de conocerme, y se que á excepción de la existencia y de la probidad, poco más tengo que ofrecer á la Patria. Pero como ciudadano de Buenos Aires, hijo de la revolución y habiendo formado en un ejército valiente y desgraciado, que principió la obra que el cielo ha confiado á manos de V. E. mis miradas van siguiendo su marcha y ese sentimiento irresistible por la causa peruana, me impone la obligación de reiterar mi oferta. Obtenga yo á lo menos en el ánimo de V. E. el convencimiento de mi adhesión á la empresa en que V. E. va á fijar el destino de América; de que la felicidad de esta madre común es el voto dominante de mi alma y que entre los que clamen por la fortuna y gloria de V. E. ninguno más cordial y desinteresado que el de su atento servidor.

TOMÁS GUIDO.

Sin duda, al noble empeño del General Guido de participar de los nuevos esfuerzos que iban á hacerse por la emancipación del Continente, alude la carta que desde Potosí le dirigió el ínclito General Miller (21 de Mayo 1825) al expresarse en estos términos: «Habría contestado vuestra carta mucho antes, si recién ha poco no hubiera llegado á mi noticia en esta, que habiais postergado vuestro viaje á Chile y que

os hallabais actualmente en Lima. Aunque parezca egoismo de mi parte, he tenido mucho gusto en saber no dejabais todavía este país; pues tantos viejos amigos han desaparecido en diferentes direcciones, que es consolante el saber que uno como vos aún permanece en él.

«También yo deploro que no hayais participado de la última campaña, pues ella ciertamente ha sido de las más animadas y gloriosas: con todo, habeis empezado á servir desde tan temprano en la revolución y ocupado constantemente tan altas é importantes posiciones, y sois tan bien conocido en el mundo político, que pocos pueden lisonjearse de haber contribuido en mayor grado que vos á la emancipación de Sud-América. Esta reflexión alejará, por cierto, todo ingrato pensamiento que pudiese asaltar la mente de cualquiera cuya carrera fuese menos honrosa que la vuestra, por no haber recogido una parte de los laureles de Junín y Ayacucho. Vos no habeis abandonado jamás la causa como muchos otros; y si no habeis tenido una parte activa en la última campaña, todo el mundo sabe que no es por vuestra falta. Muchas cosas tengo que deciros que no pueden fiarse al papel...»

El mismo Miller escribía desde Valparaiso, muchos años después, 1850, á su viejo camarada de otros tiempos: «Mi querido Guido: Mil gracias por las dos cartas de V. Parece, casi,

que nos hubiésemos encontrado de nuevo, ó que nos estrechásemos las manos á través de los Andes. ¡Quién sabe si todavía podremos abrazarnos! Pocas cosas me darían más placer; pero á no ser muy en breve, queda muy poca probabilidad de que nos volvamos á ver en este mundo, porque no puede negarse y temo que ni ocultarse que ambos estamos cerca de nuestra última morada. ¡Cuántos de nuestros antiguos compañeros nos han precedido, y qué pocos han quedado para seguirnos!

«La vida de V. ha sido de agitación y de hábiles y eficaces servicios á toda la América española, aunque muy especialmente al Río de la Plata, Chile y Perú, y no tengo noticia de ninguno cuyos patrióticos esfuerzos hayan continuado por más largo tiempo, ó sido más incesantes, enérgicos y útiles, y siempre de la mayor importancia, que los de V.

«En Enero de 1818, encontré á V. en Chile representando al Gobierno Argentino cuando la opinión, consejo y ayuda de V. eran requeridos en todas las cuestiones importantes de aquellos tiempos de acción. Pero la carrera de V. no se ha limitado á la diplomacia como lo atestiguan sus importantes gobiernos militares en el Callao y Lima, bajo azarosas y penosas circunstancias. Confieso que mucho me gustaría recibir un apunte de su vida y hechos desde la última vez que nos separamos en Buenos Aires

en 1829, pues que todavía continúo en la colección y arreglo de datos relativos á los gobiernos y personas de Sud America, que serán quizá procurados dentro de cincuenta años al menos como auténticos.»

VILLIAM MILLER.

Pocas veces se habrá ofrecido por corazón tan noble una corona más hermosa. El héroe de cien combates, cubierto de honrosas cicatrices, con el presentimiento de su eterna ausencia, arranca un laurel de su trofeo y lo discierne á un hermano en la libertad y en la gloria. Después de haber adornado sus cabellos blancos, retoña ya sobre su tumba para no marchitarse jamás.

★

Pero la vida está llena de contrastes. El General don Tomás Heres, Ministro de Bolívar en toda la plenitud de su poder dictatorial, dirige á Guido, á 4 de Diciembre de 1824, el oficio siguiente: — «Señor General: No hallándose satisfecho el Gobierno de la conducta que V. S. ha seguido en el país, ni creyendo conveniente su permanencia por más tiempo en él, se ha servido resolver: que V. S. lo deje en el perentorio término de quince días, contados desde la fecha de esta orden, lo cual comunico á V. S. para su inteligencia y cumplimiento.»

¡Vicisitudes de los tiempos! El firmante de este oficio era el mismo jefe que en Lima se pasó, á consecuencia en gran parte de los trabajos secretos de propaganda hechos hábilmente por Guido, á las filas de los libertadores con armas y bagajes, al frente del batallón Numancia. ¿Cuál era, entretanto, la grave falta cometida por el personaje á quien se trataba con tan extraño desenfado? Bajo la dirección del presunto delincuente, cuyo influjo fuera tantas veces decisivo en los negocios de Estado, se crearon ejércitos y fuerzas navales; ninguna importante operación de guerra durante su permanencia en las banderas ó en los ministerios, se hizo sin que le fuese consultada ó tomase él la iniciativa, aconteciendo no pocas veces, que otros más afortunados ó más brillantes en la acción, recogiesen con los aplausos del pueblo el mejor premio de sus nobles afanes: el concurso de su capacidad y experiencia había sido siempre requerido en las más azarosas circunstancias. ¿Cuál era pues su culpa? Una tenía y grande: su amistad inviolable por su antiguo jefe el General San Martín. Bolívar sabía los vínculos que le ligaban á él, y en su exclusivismo por la gloria de dirigir solo los sucesos que debían llevar al desenlace del gran drama de la revolución, la sombra austera del vencedor de los Andes agitaba su espíritu, como quitaba el sueño á César el recuerdo de las hazañas de Alejandro. Esa fué la razón de que la mayor

parte de los jefes argentinos, voluntariamente los unos, alejados los otros, no le acompañasen en sus dos últimas y memorables campañas. Los manejos de Riva Agüero, que al mando de un ejército instaba á San Martín á volver al Perú, irritaban la fibra del formidable caudillo, que desde el Orinoco venía triunfante á abrevar su caballo en las aguas del Rimac, dejando tras de sí un reguero de sangre vertida en lid tremenda y un reguero de luz. ¿Quién osaba oponerse á su avasalladora prepotencia, cimentada en insignes victorias? El era el brazo férreo de los oprimidos, que se alzaba á trozar las cadenas de la monarquía y de la esclavitud. Presentábase al mismo tiempo como el escollo y el faro de la libertad. Todas la miradas, todas las voluntades, todas las esperanzas, estaban fijas en él, y á fe que en lo relativo á la energía y eficacia de sus actos, salvó brillantemente su responsabilidad ante la historia. Pero el encumbramiento á que le había conducido el destino ¿justificaba acaso el atropello de los respetos debidos á uno de los más leales servidores de la gran causa de que era fortísima columna? El General Guido sintió profundamente el agravio: no obstante, pudo más en su ánimo sereno la admiración al gran caudillo, que el resentimiento por un arranque que solo á él deprimía. Dirigióle una carta que era á la vez un manifiesto, en la cual, sin solicitar el retiro de su orden, hacía resaltar su

enormidad con la simple reseña de sus antecedentes. Entre otras cosas le decía:

« Agitado de fundados temores por las desventuras con que amenazaba al Perú el furor de la guerra civil, que se encendía en todo el territorio, ví en V. E. el salvador del país, por cuya libertad estuve siempre pronto á todo sacrificio. Me ofrecí á V. E., con sincera adhesión, permanecí en la División de los Andes, y aunque testigo de desarreglos que no estaba en mi mano reprimir, puse siempre el peso de mi opinión, cualesquiera que fuese, de la parte que pudiese contribuir á una estricta obediencia á la voz de mi Gobierno y á la de V. E. Cuántas fueron mis amarguras que desazonaran mis días, hasta la insurrección de las tropas de los Andes, es imposible que se perciba por V. E., sin estar penetrado de mi amor al orden y de mi fanatismo por la gloria y el honor del pabellón á que pertenezco. Ese sentimiento dominante me sirvió de principal estímulo para permanecer en el país; ninguna otra idea, ningún otro motivo me implicaba en los asuntos de una División en que nunca quise obtener uno de los primeros puestos. »

Y aludiendo á su conducta en Lima como Secretario de Gobierno al lado del General Necochea, añadía: « Acaso la flexibilidad de mi carácter impuso alguna vez silencio á la necesidad del castigo. Mi temperamento se resiste á

medidas violentas, sin faltarme firmeza para ejecutarlas.»

Volviendo Bolívar de su primer ímpetu, propenso como era á los movimientos generosos del ánimo, aplaza primero la orden del destierro y luego la suspende, escribiendo al General Guido, de su puño, estas líneas: «Lima á 5 de Enero de 1825. Mi apreciado General: Satisfecho por la última exposición de los servicios que ha hecho V. á la causa de América, y de sus deseos de volver á su patria, puede V. regresar á ella cuando guste. Y si mi aprecio contribuyese á las consideraciones del Gobierno de Buenos Aires hacia su persona, V. puede manifestarlo por ésta.

«Soy de V. muy atento servidor.»

BOLÍVAR.

Era una credencial en regla otorgada por el orgullo á quien no la pedía y que jamás fué presentada. No obstante, el General Guido conservó grande admiración por el héroe colombiano. Contemplábale demasiado alto para desviar de él sus afectos, considerándole como el agente señalado en los designios de la Providencia, para sellar con el cuño de su genio la emancipación de Sud América.

★

Continuando á ser objeto de pública consideración, es condecorado Guido en Octubre de 1825 con la medalla del libertador Simón Bolívar. Luego perdiéndose en las montañas gigantes el eco del último cañonazo de Ayacucho, se dirigió al General Salazar, ministro de la guerra, el 2 de Febrero de 1826, en estos términos:

«Señor Ministro: Después de haber presenciado el nacimiento de la República del Perú y la consolidación de su independencia bajo los auspicios de victorias espléndidas contra los enemigos de América, trato de volver á mi patria, y necesito para ello la licencia del Supremo Gobierno, que pido por el respetable órgano de V. E. Este paso á que me inducen motivos sociales y los deberes sagrados de mi carrera, es un tributo penoso de mi vida pública, porque deudor á esta tierra benigna y á sus francos y nobles habitantes de consideraciones generosas, y ligado por fuertes afecciones á los más distinguidos ciudadanos de la República, no puedo abandonar estas playas sin sentir el duelo de la ausencia y el peso de una inmensa pérdida.

«No me es permitido, señor Ministro, lisonjearme de haber adquirido por mis servicios grandes derechos á una memoria ventajosa de parte del Perú, ni pretendo otros, al separarme de él, que los que merezca la sinceridad de mis votos por su prosperidad; pero si se recuerda que he consagrado algunos años á la causa de

esta nación; que he participado de sus conflictos y que he unido siempre mi corazón á su destino, como al de mi patria, me anticipo la satisfacción de que esos votos serán bien acogidos en el concepto de S. E. Yo protesto á lo menos conservarlos inalterables mientras respire.

«Feliz de mí si pudiera ofrecer algún día nuevos testimonios de mi reconocimiento al Perú, y si de cualquier parte á donde me conduzca la fortuna, diviso en este venturoso suelo la existencia de instituciones liberales y de garantías justas é inmutables, que escuden la libertad adquirida por el influjo del insigne genio americano.

«Cuando V. E. tuviese la bondad de elevar esta nota al Consejo, dígnese ofrecer mi profunda estimación á sus ilustres miembros, admitiéndome las seguridades del afectuoso respeto con que tiene el honor de ser de V. E., señor Ministro, su muy obediente servidor.»

TOMÁS GUIDO.

El General Salazar remitió el pasaporte pedido, con el siguiente oficio:

"Palacio de Gobierno de la capital de Lima,
á 7 de Febrero de 1826.

«*Al señor General de Brigada, D. Tomás Guido.*

«Señor General:

«Tengo el honor de adjuntar á V. S. el pasaporte que S. E. el Consejo de Gobierno ha

mandado expedirle para que pueda trasladarse á Buenos Aires, consecuente á la solicitud que hace en su apreciable nota del 2 del corriente. S. E. me ordena hacer presente á V. S. lo sensible que le es su separación de esta República, en cuyo obsequio ha prestado grandes servicios, que le hacen acreedor á su eterna gratitud.

«Sírvase V. S. admitir los sentimientos que animan á mi Gobierno hacia su persona, de quien me suscribo muy atento obsecuente servidor.»

J. SALAZAR.

Así terminó la gran jornada del General Guido en el Perú, trayendo consigo la última reliquia de la División de los Andes: su bandera. Se retiraba con los honores de la guerra.

★

Dimidium facti, qui cœpit, habet; un buen principio es la mitad de la obra. Después de pasar por Chile, donde se juntó con su esposa y sus hijos, de quienes estuvo apartado tanto tiempo, alimentando en la ausencia el más acendrado amor á la familia, como lo revelan sus cartas íntimas que forman un volumen, torna á Buenos Aires, después de nueve años de brillante cruzada. Mucho ha sufrido, pero también mucho ha gozado cuando en las luchas de la libertad victoriosa, su corazón ardía como una hacha

encendida. De vuelta á sus hogares no viene á buscar el reposo á que tenía derecho. Retemplado en el yunque del trabajo, puede aún ofrecer á la Patria el contingente de su consagración y de su fuerza. Mucho ha habido en la juventud que andar, mucho que hacer; más él sabía que todos los principios son escabrosos como las riberas de Corinto. Ya está en el puerto; se ha cumplido el deber; ya ha abrazado á los suyos: puede morir tranquilo. Más él no quiere morir, sino conservar su vigor para servir á su tierra; no piensa en otra cosa. Cualquiera creería que con lo hecho había lo bastante para dignificar, para laurear una vida; pues bien, él recién está en el primer acto del espectáculo en que nos toca figurar á cada cual según su suerte en este mundo.

Cuarenta años más permanecerá en la escena, de la que van sucesivamente desapareciendo los gloriosos jefes, y casi todos sus viejos compañeros. Los padres de la revolución de Mayo, Belgrano, San Martín, Bolívar, Pueyrredón, Alvear, O'Higgins, Sucre, La Mar, Cochrane, Brown y otros esforzados varones, han ido tomando ya su puesto en la inmortalidad: uno que otro queda rezagado en la fúnebre marcha para dar testimonio de la epopeya americana; y entre esos pocos él es quien más viva conserva la tradición de los tiempos pasados y la esperanza en la realización de sus ideales. No bien llegado á Buenos Aires,

Rivadavia que le tenía señalado para enviarle al congreso anfictiónico que se proyectó reunir en Panamá, le hace reconocer en su categoría militar, nombrándosele en seguida Inspector General de las armas. En 1827, don Vicente López, el gran vate Argentino, que ocupa provisoriamente la presidencia, elige para sus Ministros á don Julián Segundo de Agüero y al Coronel Dorrego, designando al General Guido para el Ministerio de la Guerra: ninguno de esos personajes aceptó la distinción conferida. En Junio de 1828 es elegido por el pueblo Diputado á la Legislatura provincial; pero resigna el cargo, habiéndole Dorrego, encumbrado al poder, destinado en compañía del General don Juan Ramón Balcarce, su Ministro de mayor confianza, para negociar la paz con el Imperio del Brasil, en guerra á la sazón con la República. Acababa de fracasar la misión dada en prosecución de este objeto al eminente estadista don José Manuel García, lo que produjo la caida estrepitosa de la administración Rivadavia. Arduo pues, en extremo, era el nuevo encargo de cuyo cumplimiento se responsabilizaron los patriotas nombrados. La espectativa del país era grande; la situación en el concepto de los mas avisados casi insostenible. A este respecto ninguna opinión más autorizada que la del General San Martín, quien escribía desde Bruselas á Guido (Julio 21 de 1827) la siguiente carta, la cual, sin temor de romper la

unidad del presente relato en el sistema que hemos adoptado, y atendiendo sólo á su valor histórico, reproducimos íntegra:

« Mi querido amigo:

« La pronta salida del correo no me da lugar á extenderme para contestar á la suya de 11 de Marzo, en la que me comunica nuestros triunfos de Ituzaingó y Uruguay; ambas victorias pueden contribuir á acelerar la conclusión de la deseada paz; sin embargo, diré á V. francamente que no viendo en ninguna de las dos el carácter de decisivas, temo mucho que si el Emperador conoce (como debe) el estado de nuestros recursos pecuniarios, y más que todo el de nuestras Provincias, se resista á concluirla, y sin más que prolongar un año la guerra nos ponga en situación muy crítica: 1° por falta de recursos y anarquía de los pueblos que deben cooperar á sostener la guerra; 2° porque las operaciones de nuestro ejército serán paralizadas en el momento que tenga que operar en un país quebrado, en cuyo intervalo no se descuidarán los enemigos de reponer con aumento las pérdidas que han sufrido; 3° porque todo ejército que como el nuestro se ve en la necesidad de vivir á costa del país, multiplica sus enemigos por mucho que sea la disciplina que se le haga guardar....; 4° porque separándose cada día más del centro de sus recursos y no reem-

plazándose las pérdidas que ha sufrido, como la del armamento y enseres que ha inutilizado, se verá en la necesidad de hacer (si puede) una peligrosísima retirada, y en este caso, para que los contingentes de las Provincias en disidencia que están en el ejército, tomen el partido (como es natural) del que las domina, y todo concluya en tragedia. No nos hagamos ilusiones que puedan perjudicar los intereses sagrados del país. Los que han contado con el espíritu republicano de los brasileros, creo se han equivocado. No hay duda que existe una gran parte de la juventud de Río Janeiro, Bahía, Pernambuco y algunos en Santa Catalina; pero el resto de sus provincias es aún más ignorante y estúpido que en las nuestras, y por carácter y educación más humillados y esclavos. En lo que podía fundarse alguna esperanza es en los oficiales subalternos del ejército brasilero, donde me consta hay un fuerte partido republicano; pero para explotar esta disposición debía haberse trabajado antes de romper las hostilidades y seguir este negocio con mucho tino, habilidad y sobre todo reserva. En conclusión, si la influencia del gabinete británico, unida á la precaria situación en que se encuentra el Portugal, no deciden al Emperador á la paz, mis cortas luces no alcanzan á ver remedio á nuestra situación, á menos que no venga en nuestro auxilio una de aquellas caprichosas vicisitudes de la suerte, que tanto han

contribuído en la guerra de la Independencia á sacarnos del abismo. Usted dirá, señor don Tomás, que el telescopio con que miro los sucesos está sumamente empañado. ¡Ojalá sea así! Pero en lo interior confieso á V. que la camisa no se me pega al cuerpo, como dice el adagio.»

Por lo expuesto puede deducirse cuál era nuestro apuro; pero la destreza de nuestros diplomáticos militares vino á allanarlo todo en una intrincada y habilísima negociación, de que el General Guido fué el alma, dando por resultado la Convención de Paz de 27 de Agosto de 1828, de que surgió la nacionalidad uruguaya. Así la más hermosa estrella de la corona imperial, como se llamó alguna vez á la Provincia Cisplatina, quedó desprendida de ella para siempre y si nuestra República vió desmembrarse una parte preciosa de lo que constituía su antiguo territorio, los negociadores argentinos, tomando en cuenta que la paz no se habría pactado jamás sin concesiones mútuas, tuvieron al menos la satisfacción de conseguir que al constituirse el nuevo Estado, lo fuese bajo la base firme de los principios democráticos, cumpliéndose las aspiraciones de un pueblo hermano, que después de consumar heroicos sacrificios, creyó llegado el momento de gobernarse por sí mismo. El pueblo y el ejército aplaudieron calurosamente la Convención de Agosto. Como una muestra del entusiasmo con que fué reci-

bida, damos á continuación la carta escrita al General Guido desde Cerro Largo (18 de Octubre de 1828) por el General don Juan Antonio Lavalleja, el denodado jefe de los Treinta y Tres: «Tengo el placer», dice, «de poder dirigirme á V., agradeciendo por mi parte del modo más puro los desvelos con que ha sabido contribuir á la adquisición de una paz tan honrosa á la República, como benéfica á esta Provincia, en cuyos hijos se hallarán siempre grabados los nombres de quienes les proporcionan tantos bienes.

«Yo felicito á V. con lo más íntimo de mi corazón por tanta honra como la que aquellos tratados dan á la República Argentina, cubriendo de honor á sus autoridades, y en medio de los transportes que me inspira el placer de tanta felicidad, tengo el gusto de ofrecerle mis servicios...»

JUAN ANTONIO LAVALLEJA.

Don Juan Manuel de Rosas, comandante general de campaña, gozando entonces de gran popularidad, escribía á Guido (Octubre 13) desde la Laguna de Navas, lo siguiente: «¡Qué frutos tan ópimos ha dado á la República, y muy especialmente á la Provincia de Buenos Aires, la Legación de sus hijos al Janeiro! Yo aún no consigo salir del enagenamiento de mis primeros transportes, por la noticia de haberse cele-

brado la paz más honorífica que podíamos prometernos. La habilidad de los conocimientos diplomáticos de la Legación, su opinión de V. y la espera oportuna para juzgar en su intermedio los resortes que debían allanar los pasos difíciles y que tal vez se creían imposibles, mucho han podido. En fin, la guerra ha terminado de modo que nos colma de una noble emulación. Es un deber mio felicitar de ello á un amigo que tanta parte ha tenido en este triunfo singular. Es mi obligación tributar á V. la mayor gratitud, como lo hago desde estos desiertos.

JUAN MANUEL DE ROSAS.

El General O'Higgins escribió á Guido desde la hacienda de Montalván (Perú) á 3 de Marzo de 1829:

«Mi querido y noble amigo: Lleno de gozó he leído este oportuno documento tan justamente deseado (la Convención de Paz con el Brasil), como el baluarte más fuerte para detener á los enemigos de la libertad y de la Independencia; y para asegurar al Estado Oriental una unión tan perfecta, tan íntima al pueblo argentino, que su sabiduría y el tiempo podrán perfeccionar para la dicha de su asociación nacional. Sí, mi querido amigo, yo me congratulo en el buen suceso de un pueblo que ha defendido valerosamente la libertad y la independencia de una sección tan importante de la República. ¡Quiera el

cielo que la adopción de este pacto formado por ilustres y eminentes patriotas, tenga el cumplimiento y la perfección á que consagran sus votos los buenos amigos de la América: — un hijo digno de ella como V. y en el puesto á que le han llamado eminentes servicios, evidentemente es el deparado por la Providencia para sellar obra tan difícil como gloriosa, y gloria que relucirá en sus verdaderos amigos, entre quienes invariablemente es suyo su afectísimo servidor.»

BERNARDO O'HIGGINS.

En cuanto al gobierno que, naturalmente, interpretaba la opinión, he aquí la nota que el Doctor don Vicente López, Ministro de Hacienda, pasó al General Guido, á 10 de Octubre 1828: «El infrascripto ha recibido orden del Gobierno para manifestar á los señores Generales D. Tomás Guido y Juan Ramón Balcarce, en contestación á su nota de 2 del corriente, que la conducta observada por dichos señores en la negociación de Paz de que fueron encargados cerca de S. M. el Emperador del Brasil, no sólo ha correspondido á las esperanzas que el Gobierno concibió desde el momento que se decidieron á prestar este servicio, sino que también han satisfecho plenamente los intereses y los votos de la República Argentina.

«La Convención Preliminar ajustada por dichos señores Generales el 27 de Agosto en la

corte del Janeiro, será un documento que honrará eternamente su memoria, y que justificará el crédito de que tan dignamente gozan por sus talentos y por los importantes servicios que han prestado al país. Al Gobierno, al aprobar como desde luego aprueba la conducta de los señores Generales en la misión que se les confirió, le es lisonjero sancionar por este acto el sentimiento manifestado ya por la opinión pública, de un modo tan explícito y satisfactorio á los mismos Generales...»

VICENTE LÓPEZ.

El triunfo era estruendoso; para complementarlo, la Legislatura decretó un premio á los negociadores.

★

De regreso del Brasil en donde se captó la amistad de algunos de los más eminentes de sus hombres públicos, mereciendo felicitaciones del cuerpo diplomático, y particularmente de Lord Ponsonby, representante de S. M. Británica y mediador en tal carácter en la negociación terminada, entró el General Guido á desempeñar el Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores (Octubre 8 de 1828), permaneciendo en él hasta el derrocamiento de Dorrego. Su sucesor en el mando, el General Lavalle, recono-

ciendo los méritos de Guido y con elevada prescindencia de sus opiniones políticas, le nombró primero Vocal del Consejo de Estado (Mayo 4 de 1828) y en seguida (Agosto 6) Ministro en el mismo Departamento que ocupara en la administración anterior. Ambos puestos fueron renunciados en términos condignos á la distinción recibida.

Entrando luego á ejercer el Gobierno provisoriamente el General Viamont, forma parte de su administración con los señores Escalada y García, lográndose dominar momentáneamente la anarquía y serenar los partidos que amenazaban arruinar la República. En 1830 (Marzo 9), dirígese en misión nuevamente al Brasil para revisar, según lo estipulado en la convención de Agosto, la constitución política de la República Oriental del Uruguay; código que aún subsiste resistiendo al embate de las revoluciones. Terminado este encargo, desempeña más tarde (1833) los Ministerios de Relaciones Exteriores, Guerra y Marina, durante la segunda administración del virtuoso anciano General Viamont, fortaleciendo sus títulos de magistrado previsor, amigo de la concordia que parecía huir como una sombra. En 1834 firma la primera convención ajustada con el cónsul de Francia, M. de Mandeville. Autorizado por la Legislatura, secunda en Buenos Aires con afán incesante los esfuerzos del General Rosas en su famosa expedición al desierto.

«Contesto», le escribe éste desde el Río Colorado (Mayo 29 de 1833) «sus estimables que he encontrado sin nota de haberlo hecho. Son datadas del corriente Marzo 27 y 24 de Abril anteriores.... ¡Ese Comandante del puerto! ¡El Ministro de la Guerra! Pero vamos marchando.... En cuanto á V. siento que se empeñe en demostrarme lo que ha trabajado. Estoy seguro que á sus esfuerzos y al haberlo dejado de comisionado, se debe el que haya podido marchar la expedición; pues lo confieso que sólo V. templaba la desesperación en que me veía á las veces.»

Con motivo del encargo que había tomado sobre sí, creyendo hacer al país el más grande servicio, el General Guido mantiene con el jefe de la expedición al desierto una vasta correspondencia epistolar. En vano se buscaría en ella la más leve idea, una palabra discordante con los principios más austeros de la equidad y la justicia. Por el contrario, á medida que crece en medio de la saña con que se hostilizan los partidos la prepotencia del formidable caudillo federal, se le habla en un lenguaje más franco en nombre de los intereses generales y de su propia fama, induciéndole á constituir la Provincia, á apaciguar los odios, á buscar en la ley y en el respeto del derecho, la única base de la felicidad de la patria. Pero los días sombríos se acercaban. El gobierno no tenía ya su asiento

en Buenos Aires, sino en los campos, sostenido por las multitudes excitadas.

En las grandes crísis de los pueblos, la tiranía que se reviste de soberbia, concentrando las fuerzas anárquicas de la sociedad en desquicio, es á menudo símbolo y amparo de las pasiones extraviadas, como en los vendavales del océano algún áspero peñasco suele ser el único refugio de los náufragos. Rosas sube á la cumbre, pero el amigo de quien sólo escuchó palabras de verdad y de paz, se esquiva en medio de la obcecación popular de que sólo escapan contados ciudadanos, á dar su voto al entronizamiento del poder omnímodo que la opinión le brinda, explicándole á él mismo sus temores y los escrúpulos de su conciencia de hombre recto. El caudillo triunfante respetó su franqueza, y lejos de retirarle su favor, después de haberse empeñado vanamente una y tres veces en retribuir sus servicios, le nombra Ministro Plenipotenciario al Brasil, donde, después de haber sido en 1840 en Buenos Aires uno de los árbitros para entender en el arreglo definitivo de las reclamaciones francesas, según lo establecido en el tratado hecho con el Almirante Mackau, asiste en Río de Janeiro en calidad de representante de la República Argentina, á la coronación de don Pedro II.

Materia de prolijo estudio sería dilucidar las cuestiones tratadas por el Enviado argentino

durante más de nueve años. Su extensa correspondencia con el gabinete imperial, con el de Buenos Aires, con nuestros Ministros en Londres, en París y en Washington, da idea de la variedad, de la importancia y de la duración de esos trabajos. Parte de ellos destinados á iluminar nuestros anales diplomáticos, han sido publicados. El General Guido fué objeto de singulares distinciones dispensadas por los próceres del Brasil, empezando por el Emperador, y recibiendo al mismo tiempo las muy honoríficas de que le colmaron los representantes de las naciones extranjeras.

Estas demostraciones de aprecio se revelan singularmente en un despacho oficial del Enviado Extraordinario de los Estados Unidos, David Fodd, el futuro Gobernador del Estado de Ohío, predilecto amigo y sostenedor de Lincoln, al Gobierno argentino (Diciembre 24 de 1850), en el cual declara que: «Aparte de las graves é importantes consideraciones políticas que debían surgir de la partida del General Guido, la pérdida de su sociedad y servicios al cuerpo diplomático del que evidentemente estuvo á la cabeza, habría por si solo inducido al abajo firmado á ofrecerle todo el apoyo á su alcance, para evitar la necesidad de su alejamiento de esta corte. La manera pronta, fiel y eficiente con que desempeñaba todos sus deberes oficiales, imponía el profundo respeto de sus hermanos, mientras su

bondad y caballeresco comportamiento en el círculo social, obligaban nuestra admiración.»

Y Lord Howden, el noble y altivo aristócrata, investido en el Imperio de un alto carácter diplomático, le decía en carta particular escrita en español, después de haber roto lanzas en el Plata: «En todas las ocasiones que he tenido el gusto de anudar con usted, he encontrado sin desmentirse la cortesía, la lealtad y rectitud de espíritu, propias calidades y prendas de sangre castellana ... En cuanto á usted, mi querido General, como estoy arrodillado y en acto de rezar, pido al cielo que en todas mis fases diplomáticas, me depare un colega tan franco, tan liberal y tan puro de toda gazmoñería política como usted.»

No terminaríamos nunca si reprodujésemos los testimonios de esta especie tributados en todas partes á un hombre sencillo en sus costumbres y moderado por índole.

★

Después de la batalla de Caseros, no habiendo el General Guido aceptado el empleo de Comandante de las armas, el General Urquiza le nombró miembro del Consejo de Estado (Julio de 1852). Esa institución, en que figuraban nombres de ciudadanos eminentes, duró poco; pero dejó el recuerdo de haber solicitado con éxito

al Director Provisorio de la Nación, en un elocuente memorial redactado por Guido, que tomó la iniciativa en el asunto, quedase para siempre abolida la pena de muerte por delitos políticos.

En Septiembre del mismo año, fué uno de los tres Consejeros especiales puestos al lado del General Galán encargado del mando.

Sublevada la campaña de Buenos Aires contra el Gobierno nacido de la revolución del 11 de Septiembre, se le comisionó en compañía de don Nicolás Anchorena y el Doctor don Ireneo Portela, para tratar de la paz con el Coronel Lagos, que sitiaba la ciudad al frente de un ejército.

Exaltados los ánimos por la manifestación de sus ideas pacíficas en las conferencias oficiales, y quizá por las demostraciones de respeto que los jefes de los sublevados manifestaron hacia su persona, lo cual dejaría suponer conexiones con ellos en el plan de la sublevación, existentes sólo en las imaginaciones suspicaces, fué desterrado sin más trámite, obligándosele á salir de la ciudad en las veinticuatro horas, como se expresaba en la orden de extrañamiento. Esta medida injustificada, vejatoria y ruinosa, explicable solo por los apremios del peligro en naturalezas excitables, no alteró su serenidad, inclinado más bien á atenuar la injusticia, que á inculparla. Era demasiadamente instruído en los delirios de las revoluciones para asombrarse de sus desbor-

damientos. Como una prueba de la ecuanimidad de su espíritu, elegimos entre muchas cartas las líneas que van á continuación, dirigidas desde Montevideo al esclarecido General don Rudecindo Alvarado, que no pueden leerse sin emoción, sin un sentimiento de respeto por el anciano venerable que las trazó sobre el papel en las intimidades de una amistad antigua.

«Ignoraba completamente el penoso motivo que impidió á V. recibirse del mando de esa benemérita Provincia (Salta) que tanto precisa de su prestigio y de su talento para fundar la autoridad, especie de incógnita para todos los pueblos de la República, sacudida tan duramente por nuestras tempestades políticas. El cielo quiera restituirle las fuerzas y darle ánimo para esa tarea.

«A los hombres de nuestros precedentes ha tocado una misión severa que es preciso llenar, si no con la esperanza de alcanzar un éxito satisfactorio, con fe en el porvenir. Nuestras intenciones fueron puras y nuestra abnegación completa. Basta esto para tranquilizar el espíritu y continuar la marcha á paso firme. Tras de nosotros quedan las decepciones, los desengaños, la inmoralidad y la ingratitud, que han desquiciado todos los resortes del poder legal y confundido las virtudes republicanas con el cinismo de pasiones mezquinas. No hay que volver la vista si no queremos caer en la postración. Adelante, querido compañero, ya que V. ha me-

recido la confianza de su suelo natal. Con la ley en la mano y la vista fija sobre la Patria, procuremos la paz interna de que nacerá el orden en que entraron todas las naciones después de las acerbas pruebas porque nosotros vamos pasando. Si el infortunio nos espera ó la muerte nos sorprende en medio camino, otros tomarán el timón y el ejemplo de la perseverancia de los viejos patriotas dará necesariamente su fruto.»

No hay para qué comentar estas palabras, que la virtud cívica recogerá como el eco profundo de una voz que se aleja.

★

Llamado al Paraná (1855), capital entonces de la Confederación Argentina, donde se rehusó á aceptar un puesto en el gobierno, que le fué con repetición ofrecido, el Presidente, General Urquiza, luego de negarse el Senado á sancionar el tratado que el Doctor don Santiago Derqui firmó en el Paraguay, le confió la ardua misión de negociar otro pacto, modificando fundamentalmente el anterior. Y aquí es oportuno recordar que el General Urquiza, desde el principio hasta el fin de su administración, le manifestó una alta estima, llenándole generosamente de consideraciones. Puesto ya en campaña, después de una ímproba labor que merecería his-

toriarse, logra concluir en la Asunción un tratado de amistad y comercio, que obtuvo del país y del gobierno la más amplia y calurosa aprobación. Pero no fué solo el triunfo diplomático lo que señala esa notable faz de su carrera; otro de diverso género alcanzó, satisfactorio en extremo á sus sentimientos personales: el aprecio casi afectuoso del Presidente don Carlos Antonio López, quien fuertemente prevenido al principio contra el nuevo negociador, acabó por deponer toda reserva adusta, dulcificando sus relaciones hasta el punto de hacerlas amistosas, y dirigiendo, concluida la negociación, la siguiente carta de su puño al Presidente argentino:

«Asunción del Paraguay, Agosto 16 de 1856. Aprovecho la oportunidad del regreso del General don Tomás Guido, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la Confederación Argentina cerca de este Gobierno, para manifestar á V. E., que mediante esta acertada elección, he conocido un hombre recomendable por su mérito literario, y por los importantes servicios que ha prestado á la República Argentina desde la revolución de Mayo de 1810.

«El señor Guido habilitado con la experiencia de una larga carrera diplomática, otro tanto que por sus nobles sentimientos, ha sabido expedirse en la delicada misión que V. E. le ha confiado; con sus maneras agradables, su acendrado patriotismo, su anhelo por la paz y

por la amistad de ese y este país, ha podido arribar á un tratado, que si no llena los deseos de los gobiernos contratantes, se puede considerar como un preliminar del arreglo que urgentemente reclama el bien general de dos Repúblicas hermanas.

«V. E., como apreciador justo de los méritos de sus conciudadanos, me permitirá la libertad de recomendar á la consideración de V. E. el desempeño del General Guido en su referida misión.

«Con tal motivo me cabe la satisfacción de renovar la seguridad de la sincera amistad con que soy de V. E. atento servidor.»

CARLOS ANTONIO LÓPEZ.

Elegido nuestro diplomático Senador por las Provincias de Santa Fe y de San Juan, optando por la representación de esta última, ya incorporado al Congreso, se distinguió por su espíritu conciliador, á que servía de instrumento una palabra persuasiva y brillante. Allí combatió la ley de derechos diferenciales dictada en perjuicio de los intereses del comercio de Buenos Aires. Pocas veces habrá excitado más simpatía un orador, que cuando en aquel mismo recinto levantó la voz para llamar con vibrante elocuencia á los miembros disidentes de la familia argentina, á una reconciliación fraternal. Ni fué menos el interés con que se hizo escuchar al

proponer en magnífica arenga, se levantase una estátua á San Martín en el mismo sitio del combate de San Lorenzo en las márgenes del Paraná, ó cuando estimuló la generosidad del gobierno para acudir á las víctimas del terremoto de Mendoza. Era espectáculo verdaderamente conmovedor, dicen los contemporáneos, el ver al Nestor argentino, iluminada su cabeza blanca, llorando con la palabra y con el alma sobre las desgracias de la patria.

★

De la tribuna vuelve á los negocios. Comisionado para la investigación y esclarecimiento de los reclamos pendientes de extranjeros, llena cumplidamente su encargo, que dos años después debía renovarse, investido de una plenipotencia para negociar con los Ministros de Inglaterra, Francia y Cerdeña, mereciendo siempre la aprobación de sus trabajos en términos especialmente laudatorios. En Mayo de 1857 ocupó el sillón presidencial en el Senado, y en Septiembre del mismo año el Poder Ejecutivo pasó á aquel cuerpo la siguiente comunicación:

Guerra y Marina.

A la Honorable Cámara de Senadores:

Antes de terminar la presente sesión, permita V. H. solicitar su acuerdo para recompensar dig-

namente el claro mérito y los eminentes servicios de un argentino distinguido.

Lo solicito para promover al rango de Brigadier General al antiguo Coronel Mayor de la nación, D. Tomás Guido.

Conocido es del país, como parte de la historia de sus propias glorias, la brillante foja de servicios del General Guido, que empezó promoviendo la memorable campaña de los Andes que salvó á la República Argentina del conflicto á que la habían conducido los desastres militares de Ayouma y de Sipe-Sipe, que dió la libertad á Chile y afianzó el porvenir de los argentinos, su gloria y su renombre.

El General Guido fué condecorado en Chile con la clase de Coronel de aquel Estado; fué el primer Edecan, consejero y amigo del General San Martín, en las campañas de Chile y el Perú; nombrado en Lima por el Gobierno de aquella República, General Brigadier en 1821, y Coronel Mayor del ejército argentino el siguiente año, á la par de Las Heras, Alvarado y Necochea, incorporado en 1824 al ejército aliado á las órdenes del General Bolívar, hizo hasta su terminación la campaña del Perú.

Tales son los antecedentes militares del General Guido, cuya promoción propongo á V. H., pero no son menos notables los servicios de otro género que ha prestado en cuarenta y siete años de carrera pública, y me honro en alegar

en su favor, la decisión ardorosa con que se ha consagrado al servicio de la causa nacional del pueblo argentino este esclarecido hijo de la Provincia de Buenos Aires, á quien V. H. ha honrado en su seno con el cargo más elevado.

Dios guarde á V. H.

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.
José Miguel Galán.

Los Senadores aclamaron la solicitud que antecede y el Vicepresidente de ese cuerpo pasó al Ejecutivo con la misma fecha de aquélla, esta nota:

«Tengo el honor de comunicar á V. E. que el Senado en sesión de esta fecha, impuesto del mensaje de V. E. por el cual se sirve solicitar el acuerdo de esta Honorable Cámara, para promover al rango de Brigadier General al antiguo Coronel Mayor don Tomás Guido, y animado de los mismos sentimientos que han impulsado á V. E. á hacer esta solicitud, ha escuchado con entusiasmo los motivos en que ella está fundada, y convencido de la justicia con que V. E. desea premiar los importantes servicios que este distinguido argentino ha prestado á la Patria, ha sancionado *sobre tablas* el adjunto acuerdo.

«Dios guarde á V. E. muchos años.»

FRANCISCO DELGADO.
Carlos María Saravia,
Secretario.

En 1859, el Brigadier General Guido acompaña al Presidente Urquiza al Paraguay en clase de Plenipotenciario, cuando aquél, por la más generosa inspiración, se resolvió á mediar en persona para evitar el rompimiento inminente al parecer con que los Estados Unidos, por reclamos pendientes, amenazaban á aquella República, enviándole un agente, el Juez Bowlin, seguido de poderosa escuadra y facultado á imponerse por la fuerza en caso necesario. La guerra, es indudable, hubiese estallado á no ser la intervención oportuna del Presidente de la Confederación en asunto tan grave. Nuestro Ministro encargado de secundar los esfuerzos del alto magistrado, interpretando sus miras, alejado aquél ya de la Asunción, contribuyó eficazmente á allanar las dificultades que salieron al paso en el terreno escabroso de una cancillería soberbia y desconfiada. De la manera como se condujo en esas circunstancias, dá testimonio la siguiente nota que le dirigió en la Asunción (Febrero 11 de 1859) el Juez Bowlin:

Comisión de los Estados-Unidos en el Paraguay.

A S. E. el General Guido, Ministro Plenipotenciario de la Confederación Argentina.

«Señor: Terminadas las labores de mi misión, me resta cumplir una agradable tarea: la de ofreceros mis agradecimientos sinceros por la cooperación celosa de vuestros amistosos oficios, que en muchas ocasiones removieron las espinas

de mi arduo camino, acelerando materialmente la marcha de mis negociaciones.

«Cuando S. E. el General Urquiza puso generosamente á mi disposición el auxilio y servicios de la Legación, me sentí autorizado para invocar la amigable interposición de un auxiliar tan eficaz, y por cierto que no la he invocado en vano; pero al ofrecer á V. E. mi grato reconocimiento por esta bondad, no puedo manifestar suficientemente mi satisfacción con agregar que encontré en el representante de su gobierno algo más que un colaborador inteligente y activo: un amigo.

«Hay una antigua máxima que dice: «la supresión de la verdad es igual á la mentira», y yo sería culpable del delito á que aludo, si descuidase el pediros que expreseis á vuestro hábil y cumplido hijo don Eduardo Guido, Secretario de la Legación Argentina, mi alto aprecio de su distinguido talento, infatigable celo y amistosas atenciones.

«Con sincero respeto soy de V. E. obligado amigo y obediente servidor.»

JAMES G. BOWLIN.

★

Aun no habían terminado los trabajos diplomáticos del General Guido. En 1859 (Diciembre 23) es acreditado como Enviado Extraor-

dinario y Ministro Plenipotenciario cerca del gobierno del Estado Oriental del Uruguay. Allí dá movimiento á la escuadra de la Confederación condenada hasta entonces á oprobiosa inacción. Sus valientes jefes fácilmente electrizados por la palabra y la energía del viejo General, levantan las anclas y con denuedo que solo asombra á los que no le conocen, ejecutan el paso de Martín García, que se consideraba imposible, salvando el honor del pabellón nacional. Al terminar su misión el Presidente Uruguayo don Bernardo Berro, de digna y lamentosa memoria, contestando á su discurso de despedida, le dijo:

«Por lo que á vos particularmente corresponde, señor Ministro, me es de sumo placer reconocer en los recuerdos que habeis evocado, y en los sentimientos que habeis expresado, las vivas simpatías que conservais por este país, y el mucho aprecio que hacéis de su código fundamental, veneranda ley de orden y libertad á la que se halla asociado vuestro nombre.

«Id seguro de la grande estimación que os han granjeado para con el gobierno oriental vuestras recomendables cualidades y digno proceder, y de lo muy agradable que le ha sido que el Gobierno de la Confederación haya querido tener aquí un representante tan distinguido y apreciado.»

Ya que tan exactos hemos sido en la reseña de los antecedentes y honores del ciudadano de

quien nos ocupamos, debemos agregar esta nota del caballero Thornton al Ministerio de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina (Paraná, Mayo 10 de 1860). «El abajo firmado, Ministro Plenipotenciario de S. M. Británica, tiene el honor de comunicar á S. E. don Emilio de Alvear, Ministro de Relaciones Exteriores, que el Gobierno de S. M. ha sabido con mucha satisfacción, que el súbdito británico Mr. James Canstant, había al fin salido en libertad de su prisión en el Paraguay (1). Juzga aquél que este resultado se ha facilitado, en gran manera, por las representaciones hechas á este respecto por el Gobierno Argentino al del Paraguay. En consecuencia, el primer Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores, ha dado orden al abajo firmado de expresar al General Urquiza el reconocimiento del Gobierno de S. M. por el muy amistoso apoyo dado así por S. E. como por el General Guido en este asunto.

«El abajo firmado tiene consiguientemente el honor de rogar á S. E. el señor Alvear comunique á los caballeros mencionados la expresión de la gratitud del Gobierno de S. M. y aprovecha, por su parte, esta oportunidad de renovar

---

(1) El reclamo que respecto del señor Canstant entabló la Inglaterra, estuvo á punto de producir un rompimiento con el Paraguay.

á S. E. las seguridades de su más alta consideración y estima.»

EDUARDO THORNTON.

★

Para sellar dignamente su carrera, y sacrificando al interés público el prestigio de que gozaba entre sus correligionarios triunfantes después de la batalla de Cepeda, firma Guido bajo las inspiraciones elevadas que distinguieron entonces en su esencia la política del General Urquiza, el famoso pacto de Noviembre, de donde arranca la unión en que está cimentada la felicidad y el honor de la nación argentina. Como un vivo reflejo de la manera con que graves ciudadanos acogieron aquel acto, reproducimos la carta que sigue del señor don Facundo Zuviría, abnegado patricio, expresidente del Congreso Constituyente de la Confederación.

«Sin respeto á las ocupaciones y la estrechez de su tiempo, quiero distraerlo de aquéllas por algunos momentos: quiero felicitarlo por el más feliz y próspero de los sucesos que honran su carrera; estoy hasta en los detalles de ella. Pues bien: nada honra á V. tanto como la culminante parte que ha tenido en el desenlace del drama argentino. Nuestra historia analizará esta idea, y quizá me quepa la honra de poner una línea en aquélla. En posesión del in-

sondable dédalo de nuestra precedente situación, me creo con derecho á valorar el importante servicio que V. ha prestado á nuestra patria común. Como hombre, como argentino, rindo á V. el tributo de mi gratitud y respeto. Quiera V. aceptarlo de un hombre que jamás ha rendido culto al poder y la fuerza, reservándolo siempre para consagrarlo á la virtud y al mérito.

«Aún le resta prestar á la República otro servicio igual ó mayor: «consolidar el que le ha prestado.» Este será el único premio digno de su consagración á una patria que le cuesta cincuenta años de sacrificios!!»

★

Hasta aquí lo que se refiere á la vida activa del ciudadano de quien trazamos rápidamente los perfiles; pero quedarían imperfectos si no bosquejasen sus opiniones en lo fundamental del ser humano. El se encargará de revelárnoslas, pues que nada debe haber oculto á los ojos de la posteridad. Desde Montevideo escribía á su esposa (1856), la misma constante compañera de Chile en el año dieciocho: «Mi muy querida Pilar: Comprendo toda tu desazón al oir á Rufino (el General) claudicar seriamente sobre el punto más esencial á su felicidad personal; pero en las creencias de mi hermano que tan

justamente te asombran, no confundas otros actos suyos que proceden de diversas causas. Aquéllas nacen de haber bebido á copa llena, sin pensar en antídoto, el veneno de los sofismas que más en voga estaban al principio de nuestra revolución, cuando su educación no se había aún completado; sofismas que conmovieron los tronos y los pueblos, y que privando á sucesivas generaciones del poderoso auxilio de la fe, no dejaron en los espíritus contagiados sino la duda y el vacío desesperante de un torpe ateismo.

«Y no lo extraño: porque yo también, seducido un tiempo por la falsa doctrina, hubiera caído en el abismo, en que veo á mi querido hermano, si al sentir marchitarse en mi corazón las más halagüeñas esperanzas, por el influjo de las máximas corruptoras de la filosofía del siglo dieciocho, no me detuviera en el borde, á preguntar á mi propia razón, á las obras todas de la naturaleza, si no había un ser superior á la menguada inteligencia del hombre; si el bien y el mal pesarían igualmente en su balanza; y si fuera de los estrechos límites de nuestra existencia no existiría para las acciones humanas, ni recompensa, ni expiación, ni castigo. Interroguéme con igual ahinco si Jesucristo, anunciado por los profetas, pudo, por los meros instintos de un hombre, fundar un sistema cuyas bases simbolizaron el triunfo de los altos atributos humanos y la felicidad de la especie; y cuando con-

sultando la historia y el espíritu de los evangelios cesaron mis dudas, sentí un inmenso alivio en mi existencia y admití como verdàdes reveladas aun aquello mismo que la vanidad rechaza como increible, y que, sin embargo, forma la base fundamental de las naciones más cultas de la tierra.

«La Providencia me dió la mano y me salvé; el estudio, la observación, hicieron lo demás, y mi espíritu recobró su energía para sobrellevar el destino de la vida, como la expresión de un ente superior á nuestra inteligencia, pero que vivifica el mundo con su aliento, cubre el cielo de soles, rige las tormentas y los mares y conmueve la tierra como un átomo ante su omnipotencia.

«¿Qué es del hombre que no divisa con su imaginación un horizonte más lejano que el que alcanza su vista material? Un infeliz sin estímulo y sin esperanza; una criatura más desgraciada que cualquiera de los irracionales, de cuya estupidez nos burlamos; porque á medida que se desliza el tiempo, se siente comprimir por un círculo que atormenta los últimos días de la existencia. ¿Cómo podría explicarse de otro modo el catálogo de suicidios, elevado en Francia en 1854 al espantoso número de cuatro mil? ¿Cómo esa inquietud creciente de grandes masas en las sociedades más adelantadas, buscando sin cesar en la novedad y en la muerte algo que satisfaga la vanidad desesperada ó que distraiga el can-

sancio de una vida material, sin actualidad y sin porvenir?.... Es la falta de fe religiosa sin la cual no podría explicarme la fe política; es la corrupción propagada por el materialismo; es el desaliento de sus sectarios, ciegos hasta no ver que se humillan á la par del bruto en su fin y en su origen.

«Mucho celebro que la disertación de Rufino no haya pasado delante de Pilarcita. Te aseguro que entre las preciosas cualidades de esta nuestra hija, su perseverancia en las prácticas religiosas sin ostentación y sin preocupaciones, me causa indefinible contentamiento; y cuando la veo besar la cruz antes de conciliar el sueño, mi corazón se consuela con el pensamiento de que en las vicisitudes de la vida, de que no está en mi mano preservarla, hallará en su sentimiento religioso el mejor puerto para todo infortunio.»

★

No se puede iluminar una vida azarosa y que ya llega á su término con claridades más dulces. Ellas nos presentan al General Guido como un hombre en quien la reflexión y la acción se combinaron con inalterable armonía; caballero de afecciones suaves, orgánicamente incapaz del odio y la violencia. La probidad antigua, la circunspección y una afable franqueza, imprimieron á su proceder y á su trato social el sello de la

distinción y un atractivo á que no escaparon ni aun sus émulos. Fué escritor correcto y elegante, orador inspirado, predominando entre sus facultades la claridad de las ideas, acompañada de las gracias de la expresión: lo revela su inmensa correspondencia oficial y privada, resaltando en ésta siempre la amenidad y la cultura de su ingenio. Admirador del arte, amante sencillo de la naturaleza, en las horas de solaz se complacía en cuidar por sí mismo las plantas de su quinta. No acumuló nunca fortuna; tuvo apenas lo necesario para una existencia decorosa. De noble presencia, pulcro en el vestir, llevaba siempre erguida la alta frente. Uno de los rasgos más notables de su fisonomía moral, es la perfecta conformidad de todos sus actos durante su larga vida pública. Ideas, propósitos, sentimientos y hasta el estilo, son los mismos en el verdor de la esperanza, que bajo la nieve de la edad. Puede asegurarse no hay un solo documento de los que firmó á los veinte años, que no lo hubiera suscrito á los setenta. Los objetos que excitaban sus nobles pasiones al subir la montaña, conmovían igualmente su corazón en el descenso. Ninguna de las vicisitudes de su agitada peregrinación en este mundo, modificó las aspiraciones generosas con que se presentara en la liza patriótica, conservando en su alma hasta el último suspiro, la fe ardiente que le estimulara en su arrogante juventud. De aquí

dimana la consecuencia política, las fieles amistades, la inagotable ternura, la simpatía ó el cariño que supo granjearse de cuantos le conocieron y que dignificaron sus días. Al emprender el viaje eterno, bien pudo descansar en la conciencia de haber cumplido para con la familia, la Patria, la América y Dios, las inspiraciones constantes de un espíritu recto y elevado.

Su muerte acaeció en Buenos Aires en la tarde del 14 de Septiembre de 1866. Guarda sus reliquias una sepultura que afecta la forma rústica de una gruta revestida de hiedra. TOMÁS GUIDO es la única inscripción que se lee en su puerta de fierro.

¡Feliz el pueblo que pueda decir: yo tengo muchos ciudadanos que valen más que este hombre!

